
L SÉPTIMO CIELO
COMEDIA
RTEAMERICANA
DE
Austín Strong
Madrid
La farsa
50
cénts.

Cubierta de este número:

ASUNCION CASALS

y

TARSILA CRIADO

en una escena de

EL SEPTIMO CIELO

AUSTIN STRONG

EL SEPTIMO CIELO

COMEDIA EN TRES ACTOS

VERSION ESPAÑOLA DE

ANTONIO F. DE MADRID

Estrenada el día 1 de septiembre de 1930, en el Teatro Reina Victoria, de Madrid

DIBUJOS DE MERLO





AÑO IV | 27 DE SEPTIEMBRE DE 1930 | NUM. 159

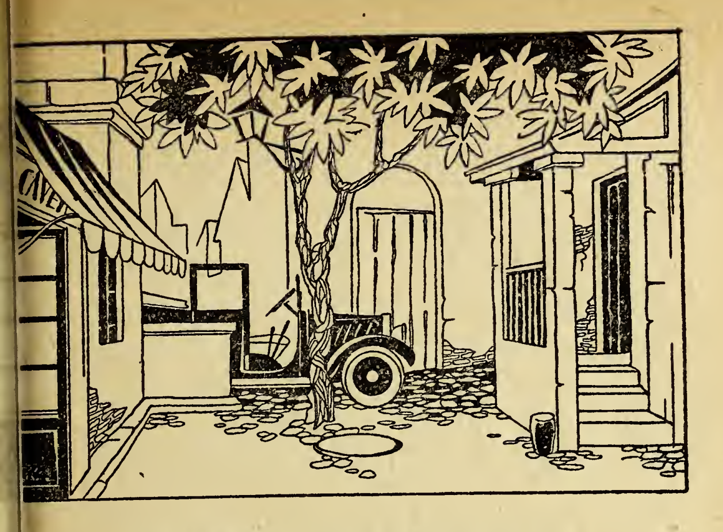
MADRID

REPARTO

por orden de aparición en escena.

PERSONAJES	INTERPRETES
Boul...	Francisco Fuentes.
Sargento de policía...	Ramón Gallego.
El Rata...	Luis Manzano.
Arlette...	Isabel Plaza.
Gobin...	José Rico.
Recan...	Antonio Franco.
Diana...	Asunción Casals.
Naná...	Társila Criado.
Ciego...	Manuel Pujol.
Brissac...	Manuel de Juan.
Blonde...	Carlos Masbel.
Padre Crevillon...	Joaquín Regales.
Jorge Vulmir...	Carlos Alvarez Segura.
Tía Valentina...	María Boy.
Chico...	Ramón Elías.

Farolero, guardias, presas, etc.



ACTO PRIMERO

a los suburbios de París. Fondo del sitio conocido por el Agujero
el Calcetín, encrucijada de callejones sin salida. A la derecha, bajo
sombra de un deteriorado toldo, la entrada de "La Boca", una
berna de malísima reputación. En la acera, delante de ella, un
rol del alumbrado público. En la izquierda, casa de piedra pardus-
, a cuyo portal se sube por una breve escalera de mampostería. Al
e de la casa, junto a la escalera, en la parte correspondiente al
oscenio, un barril vacío de poco más de medio metro de altura. En
fondo de la escena, frente al público, se levanta la iglesia de los
ngeles. Sus polvorientas ventanas están atrancadas fuertemente, co-
o si quisieran impedir la entrada del pecado que la rodea. Esta-
os entre el cielo y el infierno. A la derecha del foro hay una ca-
juela que pasa por delante de la iglesia. A ella da la puerta de la
cristía. En la parte de la derecha del escenario hay un viejísimo y
startalado taxi. En el proscenio, a derecha e izquierda, paso para
trada y salida de los personajes. De día. Luz plomiza. Ultimas ho-
ras de la tarde de un día de junio.

*(Al levantarse el telón aparece BOUL, que viste levita roja
n esclavina y sombrero de copa blanco, como los cocheros
los tiempos anteriores a la guerra, haciendo girar desespe-
damente la manivela de arranque para poner en marcha el
otor. Todos sus esfuerzos fracasan. Levanta el capot, da paso
la gasolina, vuelve a hacer girar la manivela... Todo inútil
motor trepida un momento, mete gran estrépito otras veces*

y en seguida se para. Flemáticamente, observando a Boul, esperan dos extranjeros: una señora y un caballero, vestidos con arreglo a las modas de 1914. De la taberna salen y entran hombres y mujeres de mala catadura, verdaderos apaches, apaches de la época anterior a la java, *en que el apachismo infectaba los escenarios, que desaparecen por los accesos laterales y alguno por el fondo.*)

MÍSTER.—(*Agotada su paciencia.*) Decididamente, usted no poner en marcha el motor.

BOUL.—Ya les he dicho que me había detenido aquí para reparaciones.

MÍSTER.—Usted no poder hacer reparaciones en vía pública. Retirarse o estar de servicio.

BOUL.—¿Y cómo me retiro si el coche no quiere andar? ¿Quiere usted que le lleve a cuestas?

MÍSTER.—¿A mí a su espalda?

BOUL.—¡Al coche, míster!

MÍSTER.—¡Ya! (*A su compañera.*) ¿Vamos andando a pie?

BOUL.—Pueden ir sin cuidado. A estas horas no les puede pasar nada.

MÍSTER.—Yo no tener miedo ninguno. He venido a ver los apaches de París para comparar los de London.

BOUL.—Pues eso, a la noche en Montmartre, que los tenemos vestidos para recibir visitas... (*Viendo que se alejan los ingleses.*) ¡Qué gente más pesada! (*Vuelve a dar a la manivela.*)

(*Por la derecha entra el SARGENTO DE POLICIA. Uniforme de la época.*)

SARGENTO.—¿No le puede usted poner en marcha?

BOUL.—Sí. Esto lo hago como ejercicio.

SARGENTO.—(*Después de mirarle con disgusto.*) ¿Ha traído usted a esos extranjeros a estos andurriales?

BOUL.—No. Querían que los llevase al Arco de la Estrella. Son de esos que creen que por aquí los apaches andan siempre a puñaladas.

SARGENTO.—(*Con recelo.*) ¿Eran alemanes?

BOUL.—No. Ingleses.

SARGENTO.—(*Tranquilo.*) ¡Ah, eso es otra cosa! (*Mutis paseando.*)

(*Boul vuelve a la manivela. Esta vez el motor zumba con más persistencia. El conductor sube rápido al "baquet"; pero apenas llega cesa el ruido. Desesperado, se baja y da unos puñetazos en el radiador. En este momento sale de la taberna EL RATA, individuo andrajoso, de ojos muy vivos, con barba de varios días. Trae en la mano un envoltorio. Levanta l*

tapa de una alcantarilla que habrá en el centro de la escena y cuando ya se ha sentado en el suelo con los pies dentro del boquete, es asido por el cuello por ARLETTE, muchacha joven, que ha salido corriendo tras él. Usa trenza y falda corta. Delantal azul muy deteriorado.)

ARLETTE.—¡Ladrón! ¡Te he visto cogerla!

RATA.—Sobre el zinc te he dejado los dos sueldos de mi copa. Suéltame.

ARLETTE.—¡Y, aprovechando que me volvía, me has robado una botella del mostrador!... ¡Te he visto por el espejo! (*Le golpea.*) ¡Dámela o llamo a un guardia!

RATA.—Yo no he cogido nada. Puedes llamar a todos los guardias que quieras.

ARLETTE.—(*Sujetándole bien.*) ¡Guardias!

RATA.—(*De un salto sale del agujero y se coloca a la izquierda de Arlette.*) ¡Calla, condenada!... No se te puede gastar una broma!

ARLETTE.—¡Guard...!

BOUL.—(*Tapándole la boca.*) ¡Vamos, niña!... No traigas al enemigo. Tú, Rata, dale la botella para que no grazne. (*El Rata alarga a Boul una botella llena de vino que saca de uno de los bolsillos de su andrajoso chaquetón.*) Toma tu botella, hija mía, y otra vez no escandalices tanto.

ARLETTE.—(*Cogiendo la botella.*) ¡Menudo ladrón eres tú también! (*Se dirige hacia la taberna y al llegar a la puerta se vuelve para decir al Rata.*) Como vuelvas a poner los pies en la taberna, se lo digo a mi padre.

BOUL.—Como elijas mucho, te vas a quedar sin clientela.

RATA.—Tu padre no mata ya ni las chinches. (*La muchacha hace mutis. El Rata, después de mirar cautelosamente a su alrededor, muestra a Boul un broche brillante.*) Mira.

BOUL.—Es falso.

RATA.—Puede valernos cinco francos.

BOUL.—Ya te contentarás con cuarenta sueldos.

RATA.—Es poca ganancia.

BOUL.—Todo es ganancia en este negocio. ¿Dónde lo has arrapiñao?

RATA.—En las apreturas que había delante de las pizarras de un periódico, cuando venía a traer la comida a Chico.

BOUL.—¿Qué noticias daban las pizarras?

RATA.—Malas. Parece que iremos a la guerra... ¡¡Esos alemanes!!... He oído que Francia va a movilizar...

BOUL.—¿Nos ayudan los ingleses?

RATA.—No sé. Como cogí eso, no terminé de leer las pizarras.

BOUL.—¿De modo que vamos a comer aquí? Puen, anda,

baja a decirle a Chico que le espero. (*Toma el paquete que trajo el Rata y le arroja dentro del coche.*) Le concedo un cuarto de hora.

RATA.—Yo también me quedaré a comer.

BOUL.—(*Gruñendo.*) No estás invitado.

RATA.—(*Después de mirar receloso hacia la taberna y volviéndose de espaldas a ésta, saca del chaquetón otra botella, pero ésta con etiqueta y lacre.*) Es que yo puedo aportar esto al banquete.

BOUL.—¡Ah, si traes tarjeta es otra cosa!... Cuidado. (*Le coge la botella y la oculta bajo el levitón.*) Hoy te ha cundido el día. (*Rata desaparece por el agujero de la alcantarilla. Boul sonríe, examinando la etiqueta, besa la botella tiernamente y la deposita en el coche.*) ¡Qué granuja! Ha echado la mano a lo mejor.

(*Entra por la izquierda MONSIEUR GOBIN arrastrando con prosopopeya el carrito de la manga de riego. Viste blusa de lienzo y delantal de cuero. Se toca con un sombrero puntiagudo. Es fama que sus bigotes son los más grandes y mejor rizados del distrito. Deja el carrito en la acera, cerca de la casa, y lentamente se dirige hacia la taberna.*)

BOUL.—Buenas tardes, monsieur Gobin.

(*Este no presta atención al saludo y penetra en el establecimiento, cruzándose con NANA. Esta, que camina con paso vacilante, tropieza con Gobin. El se sacude disgustado la blusa. Naná viste falda obscura, toquilla grande en forma de chal y zapatillas negras. El pelo, muy bien arreglado y con peinecillos brillantes. Es una muchacha hermosa y de aspecto fuerte y bravío, pero envilecida por el alcohol.*)

NANA.—¡Podías mirar por donde vas!

GOBIN.—¡Eso, tú! (*Mutis.*)

(*Naná cruza hacia donde está Boul.*)

BOUL.—¿Cómo te va, Naná?

NANA.—Bien.

BOUL.—(*Enseñando el broche.*) ¿Cuánto das por esto?

NANA.—(*Cogiéndole.*) La mitad de lo que me den a mí.

BOUL.—Tiene razón ese. No se gana nada con tanto intermediario... Pero lo llevarás tú misma. No enviarás a nadie.

NANA.—Haré lo que quiera. Si no te conviene...

BOUL.—Bueno, bueno; pero ten cuidado. La "poli" husmea mucho por aquí. (*Cruza hacia el coche.*)

NANA.—La policía... me tiene a mí sin cuidado... (*Cruza hacia la casa y comienza a subir los escalones. Gobin sale de la taberna chupándose los bigotes y atusándoselos luego.*) ¡Ese

marrano sí que sería buena presa para ella! (*Entra en la casa.*)

BOUL.—(*Sonriente.*) La chica quiere decir...

GOBIN.—(*Cogiendo el carrito.*) ¡Bah! Si os encuentro a todos en la calle os barro con mi manga. Fango del arroyo.

BOUL.—Escuche usted, monsieur Gobin...

(*Gobin hace mutis. Aparece PABLO RECAN. Es el secretario particular de Brissac. Es un hombre muy en su punto. Viste con elegancia—se procurará que las prendas de moda pasada no desentonen mucho ante los ojos del público habituados a las actuales—. Es joven y tiene una fisonomía enérgica. Se oyen las campanas de la iglesia tocar el "Angelus".*)

BOUL.—(*Quitándose la chistera y rezando fervorosamente.*) *Angelus Domini nuntiavit... Ave Maria...* (*Etc.*)

RECAN.—(*Le mira y se acerca a él sonriente.*) ¿Es usted religioso?

BOUL.—Mucho, señor, mucho. ¿Quiere usted taxi?

RECAN.—(*Que ha cruzado a la acera de la derecha.*) No, gracias.

BOUL.—Me alegro; ahora me fastidiaría tener que marcharme de aquí..., si podía...

RECAN.—(*Volviéndose.*) ¿Cómo se llama usted?

BOUL.—Boul.

RECAN.—¿Boul?

BOUL.—(*Accionando.*) Boul..., del punto del Boulevard.

RECAN.—¿Y es ese su coche?

BOUL.—¡Ese!... ¡Pobre!

RECAN.—¿Desde cuando le tiene?

BOUL.—Desde hace dos días es mío. Pero todavía no le domino. Yo he sido cochero toda mi vida; pero cada vez la gente quiere menos los coches.

RECAN.—¿Y desde cuándo está usted parado aquí?

BOUL.—Desde esta mañana.

RECAN.—Eso no está permitido.

BOUL.—(*Mirándole con recelo.*) ¿Usted no es de la secreta?...

RECAN.—No le importa nada lo que yo sea. Usted debe circular o ir a su parada.

BOUL.—Ya lo sé, y lo estoy procurando hace siete horas; pero a "Eloísa" no le da la gana.

RECAN.—¿Eloísa?

BOUL.—Así se llamaba mi pobre yegua. Mire usted, ahí, a la puerta de casa he clavado el último zapato que gastó... Aquélla, cuando le daba por pararse, yo le aceleraba el motor con medio pan mojado en vino. Después de echarle esa gasolina, volaba... Pero a esta otra "Eloísa" no la entiendo.

(*Sale ARLETTE y se apoya en el quicio de la puerta de la taberna.*)

RECAN.—Muy bien. Váyase tan pronto como pueda.

ARLETTE.—Muchas gracias, señor. Mi padre dice que ese chisme es un estorbo para la circulación... Unas veces porque no anda, y otras porque Boul viene a comer o a dormir, el caso es que siempre tenemos aquí ese estorbo...

BOUL.—¡Qué más quisiera yo que andar siempre por ahí cargado!... Pero a mí me parece que estas máquinas son como los animales, y a ésta le pasa lo que a mi pobre "Eloísa": años, trabajo, achaques... A lo mejor, ha descansado ya y salimos. (*Da a la manivela.*) ¡Ca! Voy a darle de beber. (*A Arlette.*) ¿Me dejas tomar un poco de agua para el radiador?

ARLETTE.—Sí, hombre, sí. A ver si acabamos.

(*Boul entra en la taberna con un cubo.*)

RECAN.—(*A Arlette, en voz baja.*) ¿Ha estado aquí el coronel?

ARLETTE.—¿Es que quiere volver otra vez?

RECAN.—Sí... Con otro caballero. (*Entra en la taberna.*)

ARLETTE.—(*Siguiéndole.*) Yo ya les he dicho... (*Mutis.*)

NANA.—(*Dentro.*) ¡¡Vete!!

(*De la casa de la izquierda, y contra el hierro de la barandilla de la escalera, sale lanzada de espaldas DIANA, muchacha muy joven, de mirada ingenua y dulce, pobremente vestida.*)

DIANA.—(*Aterrada.*) ¡Naná, por Dios!... Naná, no me pegues.

NANA.—(*Sale de la casa y baja rápidamente. Ase por la garganta a Diana, después de golpearla con un vergajo, y dice con voz ronca.*) Ya estoy harta de que me desobedezcas, señorita de los remilgos. Ya estoy harta de ganar el pan para ti, sanguijuela... Ahora a llevar eso a casa de Villeau. Con lo que te dé me traes ajenjo. ¡Pronto!

DIANA.—No, no... Yo no voy. ¿Y si me cogen?

NANA.—(*Se apodera la muchacha, la sujeta por los hombros y la habla en voz baja, temblando de ira.*) Harás lo que te mando o te mato.

DIANA.—No, Naná, por Dios... Iré... (*Da unos pasos y cae al suelo, donde queda sentada, recogiéndose como un ovillo.*)

(*BOUL aparece con un cubo lleno de agua y le vacía en el radiador. ARLETTE, atraída por los gritos de la pelea, sale y se queda en el quicio de la puerta de su establecimiento.*)

NANA.—¡Diana, levántate! (*Diana no se mueve.*) ¿Quieres que caiga sobre ti otra vez? (*La muchacha sigue sin moverse.*) ¡Diana!

DIANA.—Voy, Naná, voy... No me pegues... Voy en seguida. (*Se incorpora a medias.*)

(*Naná entra en la csaa. Arlette se dirige solícita a Diana.*)

ARLETTE.—¿Por qué dejas que te pegue así? ¿No tienes tú manos y dientes?

DIANA.—No puedo.

ARLETTE.—¡A mí podía tratarme de ese modo! La saltaba a la garganta y si no podía ahogarla, la mordía aquí (*Señala la yugular.*) y la degollaba como a un carnero.

DIANA.—(*A sus pies.*) Es que tengo mucho miedo.

ARLETTE.—(*Ayudándola a levantarse.*) Si no fuera tu hermana, llamaba a la policía.

BOUL.—(*Dejando el cubo y acercándose.*) ¡Pero qué afán tiene esta criatura de llamar a la policía! A ver si tomas algo para que se te pase esa manía. (*A Diana.*) Y tú, Diana, no contraríes a Naná cuando la veas así. (*Ademán de empinar el codo.*) Me llamas a mí si te pega. Papá Boul es un buen amigo tuyo, ya lo sabes.

ARLETTE.—(*Cruzando.*) ¡Valiente amigo!

(*RECAN sale y se queda en segundo término acechando a Diana. Cuando ésta se levanta, Boul va hacia el taxi, pone el tapón del radiador y deja el cubo.*)

RECAN.—(*Deteniendo a Arlette, pero observando a Diana de reojo.*) Oye, Arlette, necesito que me des algunos antecedentes de esa muchacha y de su hermana.

ARLETTE.—¿Quién, yo? ¡Ca! Yo no doy soplos de nadie. (*Entra en la taberna.*)

RECAN.—Bueno; yo los averiguaré.

(*Boul entra en la taberna, cerrando la puerta. Recan vase detrás de Diana, como siguiéndola. Por la boca de la alcantarilla aparece el RATA. Mira al interior del taxi y hace mutis por la derecha, dejando abierto el agujero. Un instante después aparece por la izquierda un CIEGO que camina solo, tanteando el terreno con el bastón. Al llegar al boquete gira en redondo, evitando el peligro.*)

CIEGO.—¡Qué descuido! Viene un ciego y se mata. (*Cierra la tapa.*) ¡No hay prenda como la vista, hermanitos! (*Mutis golpeando con la cayada.*)

(*Aparecen BRISSAC y MONSIEUR BLONDE, acompañados del SARGENTO. Brissac es un hombre distinguido, próximo a cumplir cuarenta años, de buen carácter, muy tranquilo y agradable. Viste elegantemente. Por el contrario, M. Blonde es un vejete que viste con descuido, anticuadamente. De su cara no destacan más que los ojos, muy vivos, sombreados por unas cejas muy pobladas.*)

BRISSAC.—(*Volviéndose al Sargento.*) No le necesito ya. Puede retirarse y muchas gracias.

SARGENTO.—Coronel, me permito advertirle que este rincón es lo peor del distrito...

BRISSAC.—Lo sé. Vaya sin cuidado.

SARGENTO.—A la orden, coronel. (*Saluda y vase.*)

BLONDE.—Pero ¿qué sitio es este?

BRISSAC.—Esto, amigo mío, es la coincidencia de unos callejones sin salida. El apéndice, digámoslo así, de este gran estómago de los suburbios.

BLONDE.—(*Limpiándose la cara con un pañuelo enorme.*) ¿Y estamos seguros aquí, coronel?

BRISSAC.—No mucho. Esa taberna, conocida por la Boca, es el punto de reunión de todos los apaches. Este callejón es el célebre Agujero del Calcetín, donde rara es la noche en que no hay jaleo.

BLONDE.—(*Tratando de marcharse.*) En ese caso...

BRISSAC.—Espere un poco. Aquí es donde viven las dos hermanas.

(*RECAN entra rápidamente, acercándose a Brissac.*)

BRISSAC.—(*Señalando a la izquierda.*) Tienen alquilada una habitación en esa casa.

RECAN.—(*Saludando.*) Coronel...

BRISSAC.—(*A Recan.*) Este señor es monsieur Félix Blonde, el señor abogado encargado por el tío de las muchachas cuya pista sigue usted. Monsieur Blonde, permítame que le presente a Pablo Recan, mi secretario particular, persona muy experta en esta clase de asuntos. A él debe usted haber encontrado a las sobrinas de su cliente. (*A Recan.*) Supongo que traerá usted los datos que le dieron en el departamento de policía.

RECAN.—(*Sacando unos papeles.*) Aquí están.

BRISSAC.—(*Tomándolos.*) ¿Está ahora la pequeña en casa?

RECAN.—Sólo está la mayor, que ha enviado a un recado a Diana.

BRISSAC.—Mejor. Quiero hablar primero con la mayor.

RECAN.—Pues vamos.

BRISSAC.—(*Mirando la casa con recelo.*) No... es preferible que la haga usted salir.

(*Mutis Recan.*)

BLONDE.—Está usted cooperando a una hermosa obra al tomarse este interés por las muchachas que buscamos. Nunca podré agradecérselo bastante.

BRISSAC.—(*Que mira los papeles que le dió Recan.*) No tie-

ne importancia. Estos datos contienen informes bastante desagradables respecto a las señoritas que buscamos...

BLONDE.—Me lo temía, me lo temía... ¿Cosas graves?

BRISSAC.—Según desde qué punto de vista... Graves para ellas, para una de ellas: la mayor; leves para la sociedad, para la policía... Alcóholica, recogida varias veces por escándalo... Complicada en hurtos como encubridora; nada probado, sin embargo, que haya merecido pena... Su vida privada como mujer está hasta ahora en privado; pero por el camino que llevaba... La pequeña, nada... La convivencia con la otra, sospecha de complicidad en los hurtos...

BLONDE.—¡Qué desgracia!

BRISSAC.—Ya le dije que era difícil que dos muchachas jovenes y bonitas conservasen la honradez en este ambiente... Menos mal que la pequeña puede tener redención...

BLONDE.—No sé lo que dirá su tío, mi cliente, cuando tenga conocimiento de estas cosas.

BRISSAC.—¿Qué clase de persona es ese señor?

BLONDE.—Un caballero muy religioso. Vive en Norteamérica desde su juventud.

BRISSAC.—Malo. ¿Protestante?

BLONDE.—Calvinista.

BRISSAC.—¡Santo Dios!

BLONDE.—Practica su religión con una bondad inflexible, dura...

BRISSAC.—Pues más vale que su cliente no conozca nunca ciertos antecedentes de sus sobrinas, pues con ese recto puritanismo es muy posible que considerase en pecado mortal y sin redención posible hasta a la pequeña.

BLONDE.—No podemos ocultárselo...

BRISSAC.—Todo es posible. Mire usted.

(*NANA sale seguida de RECAN.*)

BLONDE.—(*Aparte a Brissac.*) ¿Está enferma?

BRISSAC.—El ajenjo. Eso es todo.

RECAN.—(*Empujándola.*) Allí.

NANA.—¿Qué quieren ustedes de mí?

RECAN.—Unas preguntas tan sólo. ¿Querría usted decirnos su nombre?

NANA.—Georgina du Bois.

BLONDE.—(*Adelantándose.*) No, ése no es.

NANA.—(*Retrocediendo.*) ¡Monsieur Blonde!

BLONDE.—¿Se acuerda de mí, eh? Diga, diga a este caballero su verdadero nombre.

NANA.—Naná Vulmir... ¿Qué quieren ustedes de mí?

BLONDE.—Me han enviado para socorrerla. Este caballero la ha buscado en mi nombre.

NANA.—¿Es de la policía? (*Intenta huir. Recán la detiene.*)

BRISSAC.—Vamos, vamos. No tenga ningún temor.

NANA.—Yo no he hecho nada malo.

BRISSAC.—Me complace mucho oírlo. (*Consulta las notas*) ¿Cuál fué la causa de que estas muchachas huyeran de casa de sus tíos? Díganoslo sin mentir, pues la puedo coger en una contradicción.

NANA.—¿Por qué no voy a decirlo? Al morir nuestra madre, ellos, que acababan de regresar de América, nos recogieron. Estaban muy contrariados porque allá les habían ido mal los negocios y no tenían apenas dinero. Nos hacían trabajar como a criadas, nos daban muy mal de comer y nos hacían ir cuatro veces al día a la iglesia y rezar a cada momento. ¿Le agradaría a usted esa vida?

BRISSAC.—(*Sonriendo.*) Seguramente no.

NANA.—Pues eso es así nada más que por encima... Aquello era peor que un convento, ¡digo!, mucho peor. En un convento no se trabaja y sólo se ayuna en su cuaresma. En la casa de mis tíos se trabajaba a todas horas y no se comía nunca. Y luego aquella severidad, aquel reprender por todo... No se podía cantar, era pecado reír... Un día, ya no pudimos más y huímos mi hermana y yo... Vagamos por el campo. ¡Qué felicidad vernos libres!... Pero el hambre nos hizo volver... Ibamos a pedirles perdón, a someternos otra vez. Pero ellos se habían marchado... Nos dijeron que los habían llamado de América para no sé qué de sus negocios... Volvimos a estar solas...

BRISSAC.—Su tío Jorge recuperó en América toda su fortuna. Le devolvieron lo que le habían usurpado y vuelve a su patria para siempre con el deseo de encontrarlas a ustedes, porque pesa en su conciencia el remordimiento de haberlas tenido que abandonar cuando huyeron de su casa.

NANA.—¿Que vuelve rico el tío Jorge? ¿Que nos busca?

BLONDE.—Eso es. Su dolor es no haberlas buscado entonces... Ha sufrido mucho pensando en la suerte que ustedes pudieran correr.

BRISSAC.—(*Sonriente.*) Naná, sus penalidades han terminado. (*Naná, sentada en el borde del barril, se hunde lentamente. Recan la sostiene.*) Ahora mi misión ha terminado. Monsieur Blonde se hará cargo de ustedes.

BLONDE.—De nuevo quiero darle las gracias.

BRISSAC.—(*Rompiendo las notas.*) No es necesario. Estoy pa-

gado con la emoción de este momento. Parece una novela, ¿eh, Naná? Ahora que tenga un epílogo feliz.

NANA.—Sí... Feliz...

BRISSAC.—(*Sacando una tarjeta en la que escribe.*) Monsieur Blonde las llevará con sus tíos esta noche. (*A Blonde.*) Hotel Saint Roc, ¿no es eso? Rue Caumartin...

BLONDE.—No es necesario. Ellos están al llegar.

BRISSAC.—(*Retrocediendo alarmado.*) ¿Qué dice usted?

BLONDE.—Cuando recibí su nota telefoneé a mi cliente Vulmir, citándole aquí, a las siete, delante de la iglesia de los Angeles.

BRISSAC.—¡Malo, malo! (*Consultando el reloj.*) No hay tiempo de avisarlos... Pero como no tienen más que dos caminos para llegar a este callejón sin salida... De prisa, Blonde. (*Le coge de un brazo y se le lleva por la izquierda.*)

BLONDE.—No entiendo...

BRISSAC.—Supongo que no querrá usted que su religioso e inflexible cliente encuentre a sus sobrinas en este lugar.

BLONDE.—(*Comprendiendo vagamente.*) Desde luego...

BRISSAC.—(*Mirando a Naná.*) Esta muchacha tendrá sus defectos, sus pecados, pero aun podemos salvarla. Dejemos a los viejos en el hotel. Las muchachas irán luego.

BLONDE.—Pero...

BRISSAC.—Tenemos que preparar una historia correcta de la vida de las chicas desde que escaparon al campo. ¿Verdad, Naná?

NANA.—(*Con horror y ansiosamente.*) ¡Oh, sí!... ¡Que ellos no sepan!...

BLONDE.—Saldremos a su paso y los detendremos. (*Hace mutis por la izquierda.*)

BRISSAC.—(*A Recan.*) Pablo, trae a la otra joven aquí. (*Da a Naná la tarjeta.*) Suba a recoger sus cosas y las de su hermana con toda la rapidez posible. ¿Podrá usted estando así?

NANA.—Sí, sí. (*Se levanta y va rápidamente hacia la casa.*) No sabrán que bebo... Pero si es como antes, tendré que beber... Pero no. Aquel trabajo, si ahora son ricos... Y ese rezar... Pero, sí, ahora quiero rezar... (*Mutis.*)

BRISSAC.—¡Lo que es la vida! (*Dentro se oyen voces: "¡A ese! ¡Ladrón! ¡Detenerle!" Brisac enciende tranquilamente un cigarrillo.*) ¡Este barrio! (*Se queda en el fondo, junto a la puerta de la sacristía.*)

(*Entra corriendo el RATA. Trae en la mano un reloj con cadena. Se le da rápidamente a BOUL, que acaba de salir de la taberna. Boul hace entrar al Rata dentro del taxi y se guarda el reloj. Luego se pone a darle a la manivela. Las voces au-*

mentan. El SARGENTO entra seguido de un sacerdote con cara angelical, bobalicona. Viene agarrado a uno de los faldones de la levita del Sargento.)

SARGENTO.—¡Suélteme usted! ¡Tengo que detener al ladrón!

PADRE CREVILLON.—(*Colocándose delante de él para impedirle el paso. Están a la izquierda del coche.*) Yo no quiero que le arreste.

SARGENTO.—¡Pero si le ha robado el reloj, padre!

P. CREVILLON.—Era una broma.

BRISSAC.—(*Adelantando.*) ¿Le parece a usted una broma que le quiten el reloj?

P. CREVILLON.—Sí, porque no vale nada, y le llevo precisamente para eso. Me cuestan a cinco francos con cadena y todo.

BRISSAC.—¿Que lleva usted el reloj para eso?

BOUL.—(*Rascándose la cabeza.*) (¡Vale cinco francos!)

P. CREVILLON.—Verán ustedes, verán ustedes. El verdadero pecador hay que buscarle entre la gente que, por su desgracia, rueda por el fango del arroyo, no entre los que se acercan al tribunal de la Penitencia. Yo, para trabar conocimiento con esos pobres pecadores, con los que no han oído nunca la palabra de Cristo, con los que a veces no tienen noción de sus delitos, me valgo del reloj. Con mis hábitos no puedo llevar otra alhaja que les tiente al robo.

SARGENTO.—No lo comprendo, padre.

P. CREVILLON.—Muy sencillo. He comprado estos relojes en el Bon Marché, en un saldo. Los venden al peso. No valen nada. Siempre llevo un par de ellos. Mire aquí tengo otro. Me meto en las apreturas con la cadena así. (*Se coloca la cadena asomando por la abertura de la sotana.*) y espero. Es mi cebo. (*Ríe beatíficamente.*) Cuando cae sobre él la mano del raterillo la sujeto, le amonesto, y él, amedentrado ante el temor de que le entregue a la policía, tiene que escucharme... ¡A veces Dios me ilumina y me hace elocuente!... Si el raterillo es listo, como el de hoy, y se me escapa, ¡qué le vamos a hacer!, otro vendrá. ¡Buen chasco se lleva creyendo que ha robado algo de valor!

SARGENTO.—(*Riendo.*) En mi vida he visto otra... Pues buena suerte, padre, para pescar granujas; pero no es ese el procedimiento. (*Mutis.*)

BRISSAC.—Es usted un sacerdote ejemplar. No me río yo como el sargento de su sistema catequista... Hoy no ha perdido usted el tiempo ni el reloj. Voy a presentarle a su presunto prosélito. (*Abre la puerta del coche y saca al Rata.*) A ver si es un catecúmeno y consigue usted bautizarle. Le hace mu-

cha falta el agua. (*Cierra la puerta del taxi y se sacude las manos.*)

P. Crevillon.—(*Sonriendo.*) ¡Ah!, muy bien, muy bien...

Brissac.—¿Cree usted que se podrá hacer un santo de este pillastre?

P. Crevillon.—Ahora mismo, no; pero cuando le conozca bien y sepa su flaqueza, ¡quién sabe! Los grandes santos salieron de los grandes pecadores... ¿Cómo te llamas, muchacho?

Rata.—Pedro.

P. Crevillon.—¿Y por qué no trabajas?

Rata.—Trabajo. Ayudo a Chico en la alcantarilla.

P. Crevillon.—¡Ah, Chico! ¿Un muchacho guapote, muy robusto, con una cabellera enmarañada?... Le conozco. Quiero que me le traigas.

Rata.—(*Desdeñoso.*) ¡Chico odia a los curas!

Brissac.—¿Odia a los curas? ¿Por qué?

Rata.—Porque es ateo.

Brissac.—¿Un ateo? En realidad, está usted mal colocado aquí, padre.

P. Crevillon.—¿Ateo y sin embargo salva la vida a un sacerdote?

Brissac.—¿Cómo?

P. Crevillon.—Esta mañana venía yo embebido en la lectura de mi libro de horas y crucé la plaza sin darme cuenta. En el momento en que iba a ser arrollado por un ómnibus, Chico surgió del suelo, tiró de mí y de un fuerte empellón, arriesgando su propia vida, me lanzó fuera del alcance de otro coche que venía en dirección contraria.

Brissac.—¡Buena hazaña!

P. Crevillon.—Cuando me repuse del susto, mi salvador había desaparecido por la alcantarilla. Me acerqué a ésta para llamarle y darle las gracias, pero un guardia me obligó a retirarme. Me dijeron que se llamaba Chico... Anda, ve a decirle que su amigo, el nuevo sacerdote de los Angeles (*Señala la iglesia.*), tiene algo importante que darle además de las gracias.

Rata.—Sí, señor.

P. Crevillon.—(*Cariñosamente amenazador.*) Y en cuanto a ti, ya ajustaremos cuentas. Se acabaron los robos. Tú me dirás lo que necesitas, si es que ganas poco, y yo te daré del dinero de mis pobres, que es todo le que sobra de mi corto sueldo, después de comprado el pan de cada día...

Rata.—El reloj...

P. Crevillon.—Como no te van a dar nada por él, conserva-

le como recuerdo mio. Debajo de la tapa encontrarás un papelito con unos consejos... Anda, anda, y a ser bueno, ¿eh?

RATA.—(*Abriendo la alcantarilla y metiéndose en ella.*) Lo procuraré.

P. CREVILLON.—No te escaparás. Te vigilaré como vigilo a todos con los que he trabado conocimiento, gracias a mi anzuelo. Si es preciso, bajaré por ti hasta los más profundos abismos de la alcantarilla y te purificaré. Yo sacaré a flote todo lo bueno que hay en ti...

(*Rata ha desaparecido antes de que el P. Crevillon termine de hablar.*)

BRISSAC.—Es usted un caso ejemplar, padre.

P. CREVILLON.—(*Sentándose en el barril.*) No es suya la culpa, pobrecillos. Nacen en el pecado y viven en el pecado, porque nadie se toma el trabajo de ir a buscarlos. ¿Usted cree que muchos de estos raterillos robarían, exponiendo su libertad, arrostrando golpes y violencias, si tuvieran medios de vida en un trabajo honrado?

BRISSAC.—Tal vez...

P. CREVILLON.—Seguramente. El trabajo honrado, a la claridad del sol. El salvaría sus almas más rápidamente que mis sermones.

BRISSAC.—El Municipio necesita hombres para el servicio de limpiezas...

P. CREVILLON.—Sí, pero en aquellas oficinas no conocen a estos desgraciados ni se interesan por ellos. Son los parias del servicio. Como este muchacho hay muchos que, ayudando a los míseros alcantarilleros, logran un pedazo de pan. ¿Qué de extraño tiene que roben lo que les falta?

BRISSAC.—Bien, ¿y si alcanzara usted la influencia necesaria para repartir unas plazas en el servicio organizado de limpiezas entre los que vaya catequizando?

P. CREVILLON.—Mi alegría no tendría límites, pues creo que redimiría a muchos.

BRISSAC.—(*Dándole una tarjeta en la que ha estado escribiendo.*) Pues la mía también si contribuyo a su buena obra. Puede usted enviar a las oficinas a su recomendado y será atendido. (*Le da la tarjeta.*)

(*BOUL ha salido de la taberna y está delante del coche.*)

P. CREVILLON.—(*Lee.*) Comisario de policía...

(*Boul, horrorizado, se vuelve y entra en la taberna.*)

BRISSAC.—El comisario es un buen amigo mío y tendrá mucho gusto en ayudarle.

P. CREVILLON.—(*Levantándose y dirigiéndose hacia la puerta de la sacristía.*) Gracias, hijo mío. Me ha hecho usted un

inmenso favor. Seré prudente en mis recomendaciones, pero me prometo salvar a muchos de los que sólo necesitan trabajo para ser buenos. (*Abre la puerta de la sacristía. La luz que sale de ésta le ilumina.*)

(*Brissac saluda quitándose el sombrero al mismo tiempo que el P. Crevillon hace mutis y cierra. Queda un momento sonriendo; va hacia la derecha en el momento en que entra DIANA corriendo con terror, seguida por RECAN. Ella se dirige hacia Brissac; él se vuelve para ampararla. Recan se lo impide.*)

BRISSAC.—Déjela. ¿Es esta la más pequeña de las hermanas?

RECAN.—Sí, coronel. Estoy tratando de convencerla. (*Da a Brissac el broche.*) Mire usted. Iba a venderlo.

BRISSAC.—(*Después de una pausa.*) ¿Está usted seguro de que esta es la joven que buscamos? Es muy bonita...

RECAN.—Sí, coronel. Estas es Diana Vulmir, conocida por Denise Dubois.

(*Brissac hace un gesto significativo y Recan se retira.*)

BRISSAC.—(*Después de contemplar a Diana le pregunta en voz baja.*) ¿Es usted ladrona?

DIANA.—¡No!

BRISSAC.—Entonces ¿dónde ha encontrado esto? (*Diana se tapa la cara, tiembla.*) No tiemble. No tenga miedo.

DIANA.—(*Con terror.*) ¿Es usted de la policía?

BRISSAC.—No. Soy un buen amigo suyo... ¿No sabe que vender una cosa robada es como robarla?

DIANA.—Sí.

BRISSAC.—¿Este broche es robado? (*Diana permanece inmóvil.*) ¿Le obliga alguien a hacer esto? (*Diana guarda silencio.*) No me conteste nada. No es necesario.

DIANA.—(*Temblando.*) ¿Me van a llevar a la cárcel?

BRISSAC.—No. (*La toma por los brazos y la sienta en el barril.*) Ahora que se le presenta ocasión de ser una muchacha buena, debe tomar la firme resolución de dejar esta vida para siempre.

DIANA.—Yo..., fuera de esto, soy buena... Soy una muchacha honrada...

BRISSAC.—Lo sé, lo sé. Pero hay que dejar esta vida tan peligrosa para una mujer bonita y también hay que ser honrada en otro sentido... La ocasión se ha presentado.

DIANA.—¿Cómo?

BRISSAC.—Hace tiempo vivió usted con unos tíos...

DIANA.—¿Cómo lo sabe usted?

BRISSAC.—Y esa fué la temporada mejor de su vida, ¿no es eso?

DIANA.—Sí.

BRISSAC.—Usted huyó de su lado instigada por su hermana...

DIANA.—Sí... Nos trataban muy mal... Eran buenos, casi unos santos, pero muy severos.

BRISSAC.—Sus tíos están en París y desean que vuelva usted a su lado.

DIANA.—¿Mis tíos en París?

BRISSAC.—Vuelven ricos. Ahora no tendrá usted que trabajar. Desde este momento tendrá un hogar tranquilo y quien vele por su vida. Ellos, tan buenos cristianos, la volverán al buen camino.

DIANA.—(*Cogiéndose la cabeza con desesperación.*) ¡Es tarde! Ya no podemos volver con ellos... Es tarde.

BRISSAC.—Nunca es tarde para volver a la buena senda... He hablado con su hermana y ella le dirá lo que tienen que contar respecto a su pasado y lo que han de callar.

DIANA.—¿Quiere usted que mintamos?

BRISSAC.—En algunos casos es disculpable la mentira. Sus tíos sufrirían mucho si supieran toda la verdad.

DIANA.—No, no; mejor es decírsela y pedirles perdón. Ellos son muy buenos. Dios perdona al que confiesa, pero no al que miente...

BRISSAC.—Sí, sí...; pero sus tíos parece que son demasiado severos y puede que en este caso discrepasen de Dios, como les pasa a muchos cuando se trata de perdonar.

DIANA.—Sí, lo comprendo... Ya cuando nos escapamos al campo temíamos que no nos perdonasen...

BRISSAC.—No hay tiempo que perder. Animo, es usted joven, y los jóvenes tienen derecho a la felicidad. Ellos mismos deben trabajar para labrársela. Pronto será usted rica.

DIANA.—A mí no me importa el dinero, ni el lujo, ni nada de eso... Yo creo que la felicidad está en poder ser bueno sin trabajo de serlo, sin que nadie nos lo impida...

BRISSAC.—Así es. Pero, ande, suba a preparar sus cosas, que su hermana le dirá...

DIANA.—Es usted muy amable... ¡Y yo que creí que era de la policía!

BRISSAC.—Pues ya ve, soy el hada que hace brotar un palacio sobre una choza. Adiós.

DIANA.—(*Desde la barandilla de la escalera.*) ¡Gracias por todo y que Dios le bendiga a usted!

(*Diana hace mutis por la casa y Brissac se va por la izquierda, después de contemplarla un momento algo conmovido. Pausa. Un farolero enciende el farol y vase. Por la izquierda aparecen JORGE VULMIR y su esposa, la TIA VALENTINA. El*

es un hombre alto, solemne, con aspecto de misionero. Tiene el rostro tostado por el sol de los trópicos. Viste de un modo estrafalario. Su traje tiene algo de la severidad del de un pastor protestante y otro poco del hacendado norteamericano. Sombrero de paja negro, levita, pantalón gris obscuro, chaleco muy cerrado, chalina de color. Grueso bastón en forma de maquila. Cadena de oro con muchos dijes. Tía Valentina viste de obscuro, muy sencilla y severa y con moda rancia.)

VULMIR.—Aquí es; ¿qué te decía yo? Esta calleja termina frente a la iglesia.

VALENTINA.—Realmente tenías razón, Jorge.

VULMIR.—(*Mirando en derredor.*) ¿Dónde se habrá metido ese viejo tonto de Blonde?

VALENTINA.—Quedamos en que nos esperaría delante de la iglesia.

(*DIANA aparece en la puerta de la casa y mira fijamente.*)

VULMIR.—¡Esperar! ¡Esperar! Nos tiene esperando hace tres semanas y yo me voy cansando. ¿Piensas que puede haber encontrado a nuestras sobrinas en un lugar tan inmundo? No lo creo.

VALENTINA.—Tienes razón, pero debemos agotarlo todo...

DIANA.—(*Desciende los escalones y avanza hacia ellos tímidamente.*) ¡Tía Valentina!...

VALENTINA.—(*Sorprendida un momento, corre a abrazarla.*) ¡Diana!... ¡Nuestra pequeña!... ¡Mi preferida!

DIANA.—¡Tío Jorge!... ¡Qué alegría! No puede creer que sean ustedes.

VALENTINA.—Mira, Jorge, nuestra pequeña se ha convertido en una mujer!... ¡Parece mentira, en tan poco tiempo!... (*Valentina abraza a Diana. Vulmir toma una de sus manos.*)

VULMIR.—Veo con satisfacción que no nos has olvidado. Supongo que tampoco te habrás olvidado de las máximas que te enseñé, de nuestras oraciones...

DIANA.—No, no he olvidado nada de ustedes. He rezado menos, esa es la verdad, pero he rezado todos los días.

VULMIR.—No basta, no basta... Pero ya hablaremos de eso.

DIANA.—(*Que ha reclinado la cabeza en el pecho de su tía.*) ¡Qué bien huele usted!... Recuerdo este aroma, el de los arcones de nuestra ropa, el de nuestra casa...

VALENTINA.—¿Oyes, Jorge? ¡Qué chiquilla! Tú tienes mejor perfume aún; el del candor. (*Rompe a llorar.*)

VULMIR.—Valentina, si desatas tu torrente de lágrimas desbordarás el Sena.

VALENTINA.—(*Secándose las lágrimas y esforzándose visi-*

blemente para aparecer tranquila.) Tienes razón, Jorge, tienes razón. Te prometo no volver...

(*NANA aparece por la izquierda bajando las escaleras.*)

VULMIR.—¿Dónde vives, Diana?

DIANA.—Vivimos...

NANA.—¡Tío Jorge! ¡Tía Valentina!... ¡Cuánto gusto en verles de nuevo! (*Besa la mano al tío Jorge y después abraza a tía Valentina.*)

VULMIR.—(*Extrañado.*) ¿Esta muchacha es Naná?

NANA.—Vamos al hotel. Allí hablaremos.

VALENTINA.—Naná... Qué pálida estás. (*Se acerca a ella.*)

VULMIR.—(*Severo.*) ¿Vivís en esa casa de tan mal aspecto?

NANA.—Sí, tío Jorge, y usted no tiene idea de lo difícil que nos ha sido conservarnos honradas en un lugar como éste. Pero nos acordamos de sus predicaciones y hemos resistido al pecado. (*Mira a Diana.*)

VALENTINA.—Lo comprendo, lo comprendo.

NANA.—(*Acercándose a Diana.*) Hemos sido buenas. ¿Verdad, Diana? (*Diana está sentada en el barril. Hay una pausa. Vulmir vuelve los ojos hacia Diana. Naná la mira amenazadora. Diana levanta los ojos serena, impasible. Después vuelve la cabeza. Naná prosigue hablando rápida. Se ve que tiene el hábito de mentir, pero no quiere decir esto que consiga engañar.*) ¡Pobre Diana! Bien sabe ella cómo hemos luchado. Paso a paso y bien duramente, pero siempre con honradez hemos ganado el pan de cada día. He tenido que defenderme yo de todas las asechanzas y defender también a Diana. Pero, gracias a Dios, nada tenemos que reprocharnos. La llegada de ustedes es el pago que nos da el cielo, el premio a nuestra fe. (*Se acerca a Tía Valentina.*)

VALENTINA.—Te creo, hija mía, te creo. Llevas nuestra sangre y has recibido nuestra educación.

DIANA.—¡Naná, no mientas así!

NANA.—¡Diana!

DIANA.—¡No cometas esa nueva infamia!

VULMIR.—¿Qué dices?

DIANA.—Que no ha sabido defenderse ella, que no me ha protegido a mí.

NANA.—No crean sus palabras, tíos... Como hemos sufrido tantas asechanzas, siempre cree estar rodeada de peligros.

DIANA.—(*Mirando de soslayo a Naná.*) ¡Oh, tu costumbre, Naná, engañar a todos!... Pero a los tíos no debe engañárseles... ¡Mientes! ¡Mientes, y el mentir es el peor pecado! Más tarde o más temprano descubrirán tus mentiras y no nos perdonarán.

NANA.—No sabe lo que dice, tío Jorge. Es tan ingenua que e le figura un pecado o un delito la cosa más tonta...

VULMIR.—¡Calla! (*A Diana.*) Dime la verdad, Diana; toda a verdad.

DIANA.—No hemos sido buenas. No, no lo hemos sido.

VULMIR.—¡Lo sabía! Mis presentimientos no me engañan nunca.

VALENTINA.—Espera, Jorge, será verdad, pero... (*Se coloca entre Diana y su marido.*) Dime, ¿habéis rodado hasta mancharos en el fango?...

DIANA.—Sí, sí... Naná quería arrastrarme a mí también... Me hacía vender cosas robadas... Bebe, me maltrata...

VULMIR.—¡Basta, basta!... No puedo oír más... ¿Y vosotras sois hijas de mi hermano? ¡No! Yo os niego, yo os maldigo en nombre de todos...

VALENTINA.—Por Dios todopoderoso, no te excites así, Jorge.

VULMIR.—Vuestro nombre será borrado de nuestra Biblia. ¡Malditas, malditas!...

NANA.—Por favor, tío, déjeme explicarle...

VALENTINA.—Sí, Jorge, deja que nos digan y juzgaremos.

VULMIR.—¿Quieres dejarte embaucar con sus mentiras? Vamos, sígueme.

VALENTINA.—No debemos abandonarlas, son pobres, están rodeadas de peligros...

VULMIR.—(*Saca unos billetes del bolsillo del pantalón.*) Toma esto. Que no se diga nunca que dejo de socorreros. (*Tira el dinero sobre el barril.*)

VALENTINA.—Jorge, son hijas de tu hermano...

JORGE.—¿Vas a desobedecerme?... Vamos. Jamás vuelvas a hablarme de este asunto. ¡Jamás! (*Arrastra a Valentina, que llora y protesta, pero sin palabras. Hacen mutis. Diana se deja caer en el escalón. Nana recoge ávidamente los billetes y los cuenta, después se los guarda en el pecho. Luego se dirige hacia Diana en actitud amenazadora.*)

DIANA.—(*Temerosa, replegándose hacia la casa.*) ¡No, no, por Dios Naná!... ¡No me pegues!

NANA.—(*Avanza como un gato hacia Diana, que retrocede. La corta el camino, extiende hacia ella las manos crispadas.*) ¡Diana! ¡Ah! (*Se lanza sobre ella con un salto felino y la agarra por el cabello. Luego echa sus manos al cuello para estrangularla. Diana cae de espaldas y Naná sobre ella, oprimiendo su cuello, con los ojos desorbitados. Los dos cuerpos ruedan por el arroyo. Diana, debatiéndose, Naná apretando como una fiera el cuello de su hermana, que ya no puede gritar*

apenas. Se va asfixiando. A los gritos sale BOUL de la t berna.)

Boul.—(*Dándose cuenta de la situación al ver el congesti nado rostro de Diana.*) ¡Socorro!... ¡Socorro! (*Trata en vano d separar a Naná. Tira de ella, pero Naná no suelta el pescuez de Diana y la arrastra a su vez. De repente se abre la boc de la alcantarilla debajo precisamente de la cabeza de Dian y por el agujero surge CHICO. Es un guapo muchacho, altc robusto, de cara simpática. Tiene la cabellera revuelta. Su ropas están muy usadas.*)

Chico.—¡Qué diablo les sucede a estas dos gatas del in fierno!

Boul.—¡La está matando!

Chico.—(*Ase a Naná por el talle y la levanta en vilo. Ell se defiende, pero las fuerzas hercúleas de Chico la vencen. El entonces, viendo que trata de morderle y le golpea con los pies la desliza por el agujero de la alcantarilla, la deja caer y l sostiene sólo por las muñecas.*) A un gato rabioso como tú s le echa a la alcantarilla. Boul, socorre a la pequeña mientras yo contengo a esta fiera. (*A Naná.*) Como trates de hacerm daño te suelto... ¡Calla!

(*Boul ha sacado un asiento del taxi y sobre él reclina c Diana, cubriéndola con el chal que Naná dejó caer en la lucha.*)

Nana.—¡No me sueltes!... ¡No me sueltes!...

Chico.—Como no me prometas una cosa, abro las manos y ¡zas! un salto de diez metros... Allá abajo te puedes dedicar a matar ratas, porque tú eres un gato...

Nana.—¡Por favor!...

Chico.—¿Me prometes no pegar a la chica?

Nana.—Sí, sí, todo lo que quieras. Sácame.

Chico.—(*Levantándola y sacándola a la superficie.*) Muy bien. Hemos llegado a un acuerdo. Pero te advierto que como te vea volver a pegarla, te dejo caer de veras.

Nana.—(*Reponiéndose del susto que acaba de pasar.*) ¡Ah!

Chico.—Ahora, ¡largo de aquí!, ¡largo he dicho! (*Da un salto hacia ella.*) ¡Que no te vuelva yo a ver! (*Naná sale corriendo.*) ¡Que fiera! (*Se seca el sudor de la frente.*) Bueno, y ahora me pregunto yo: ¿por qué diablos he de meterme siempre donde no me llaman?... No salgo una vez de la alcantarilla que no intervenga en lo que no me importa y me busque un disgusto. ¡Debe ser mi sino!

(*El RATA sale, va al taxi y saca un paquete.*)

Boul.—(*Por Diana.*) La has salvado la vida. Un minuto más y la ahoga.

Chico.—¡Bah! No tiene ningún mérito. No vale gran cosa

la vida de esta muchacha... Puede que le hubiera tenido más cuenta morir. (*Cierra la alcantarilla y se quita la chaqueta.*)

BOUL.—(*Dando unos golpecitos en las mejillas de Diana.*) Vamos, vamos... Anímate... Ya ha pasado... Tu hermana no querrá que vuelvas con ella...

RATA.—(*Que ha desenvuelto el paquete y preparado "la mesa" en el borde del arroyo.*) La comida está servida.

CHICO.—¿Qué has traído?

RATA.—Mira. (*Muestra una gran salchicha.*) Pavo trufado (*Desenvuelve un trozo de queso.*), caviar ruso (*Muestra un manojo de cebollas.*) y olorosas trufas. (*Boul le da la botella de vino y una hogaza de pan.*) Tenemos un *chateau* no sé cuantos y mondadientes.

(*Boul abre la botella con mucho cuidado; Chico corta el pan con una enorme navaja, y el Rata pela las cebollas. Boul se acerca a Diana, que ya se ha repuesto.*)

CHICO.—Vamos, tú, déjala y ven a comer, que es lo más importante.

BOUL.—Entonces ¿por qué no empiezas tú?

CHICO.—Porque no tengo ganas... Con estas cosas, aunque uno no quiera; ¡maldita sea!...

BOUL.—(*Atendiendo a Diana.*) Tranquilízate. Yo te libraré de esa fiera. Parece mentira que seáis hermanas. ¿Estás mejor?

DIANA.—Sí.

BOUL.—Anda, ven a comer con nosotros.

DIANA.—(*Débilmente.*) No, gracias.

BOUL.—¿No has oído el menú? ¿No te agrada?

DIANA.—(*Sonriendo.*) Sí... Es que no tengo gana.

CHICO.—¿No agradeces que te invitemos a sentarte a nuestra mesa?

BOUL.—Déjala, hombre. ¿No ves que aun no le ha salido el susto del cuerpo?

CHICO.—Yo no hago las cosas a medias. Que se siente aquí y que coma. (*La levanta y la ayuda a sentarse en el arroyo, a la derecha del Rata.*) Come. (*Le da un trozo de pan.*) Llorando y suspirando no se va a ninguna parte. Hay que comer, que reír y hacer frente a la vida con la cabeza levantada. Te lo digo yo que sé un poco de estas cosas.

DIANA.—¡Dios me amparará!

CHICO.—¡Qué te va a amparar Dios! ¿Habrá idiota?

BOUL.—(*Disculpando.*) No te extrañe. Chico es ateo.

CHICO.—¡Es claro! (*Muy orgulloso.*) ¿Qué te habías creído? No soy un cualquiera.

(*Entra GOBIN con su carrito y se dirige hacia la taberna.*)

BOUL.—Ahí tienes a Gobin, el manguero.

CHICO.—(*De jactancioso se torna en humilde.*) Dile que si quiere comer con nosotros.

BOUL.—¡Qué cosas tienes! ¿Cómo va a querer sentarse en el arroyo? No te das cuenta de que su categoría es muy superior a la tuya...

RATA.—¡Digo! Gana tres o cuatro veces más sueldo que Chico, tiene uniforme y trabaja a la luz del día... Tan bonito soltar la manga al aire... ¡Oooee!

CHICO.—¿Y por qué no vamos a invitarle? (*A Gobin, que en este momento, una vez que ha dejado el carrito, cruza hacia la derecha, atusándose el bigote.*) Buenas tardes, ciudadano manguero. (*Gobin le mira despreciativo y sigue andando.*) ¿Quiere usted comer con nosotros?

GOBIN.—(*Mirando por encima del hombro.*) ¡Gracias! (*Vase.*)

CHICO.—(*Dolido.*) Tenías razón, Boul.

BOUL.—(*Sentencioso.*) Yo siempre tengo razón; no lo olvides. (*Cogiendo la salchicha.*) La manga representa una posición social más alta que la alcantarilla.

CHICO.—Entonces ¿qué significan las palabras igualdad, libertad y fraternidad?

BOUL.—Palabras.

CHICO.—Por eso soy yo ateo. ¿No es una injusticia que ese disfrute de la manga mientras yo, que soy un gran personaje, tengo que estar ahí abajo? ¿Es que no se ve que yo soy algo?

BOUL.—¿Por qué eres ateo?

CHICO.—Por todo. Además, el solo hecho de ser ateo ya representa una superioridad. Es señal de que uno piensa, de que tiene el valor de sus ideas... Tú dime, ¿es posible que Dios haya dado la vida a esta pobre muchacha para que se vea en el arroyo continuamente maltratada?

BOUL.—¡Tú qué sabes!

CHICO.—Yo he pensado mucho. Desde luego, Dios no existe. En la vida todo lo tienes que esperar de ti mismo.

BOUL.—Yo tengo la seguridad de que hay un Dios.

CHICO.—¿Cómo lo sabes?

BOUL.—Lo he comprobado.

CHICO.—¿Cómo?

BOUL.—Muchas veces.

CHICO.—Cítame una siquiera.

BOUL.—Te citaría tantas... Dios existe. !Quién si no ha hecho todas las cosas buenas, este vino, este queso, estas cebollas..., Francia, los franceses...

CHICO.—Paparruchas. Y para ti Dios no hace más que lo bueno. ¿Y quién hace lo malo? ¿También agradeces a Dios las

enfermedades, las guerras, la muerte?... (*A Diana.*) ¿Tú crees que hay Dios?

DIANA.—Siempre lo he creído, pero...

CHICO.—Pero, pero ¿ves? Tampoco está segura. Ni el más religioso lo está. Cree y reza por si acaso...

BOUL.—Hay que tener fe.

CHICO.—Sí, la fe te salve...

BOUL.—¿No sabes que mi fe ha obrado un milagro?

CHICO.—¿Un milagro? ¿También crees en los milagros? ¡Estás chiflado!

BOUL.—No, no te rías así... Ya sabes que se me murió de vieja mi pobre yegua "Eloísa". Me encontré de la noche a la mañana sin nada, sin medios de vida. Entonces le pedí a San Antonio un taxi... Era toda mi ilusión. Un taxi como iban teniendo poco a poco todos mis compañeros del Boul... Tres días después murió mi tío Alberto, que fué el primero que se lanzó a cambiar el *fiacre* por el automóvil, y me dejó ese..., que cuando se decide a ponerse en marcha no es malo del todo.

CHICO.—Vamos, según tú, ese Dios tan bueno y misericordioso, al ver que te hacía falta un taxi, mata a tu tío para que le heredes...

BOUL.—Si... Es que..., bueno... ¿Y si es que mi tío era ateo?

CHICO.—El milagro hubiese sido que te resucitase "Eloísa" con diez años o que el taxi te le hubieras encontrado a la puerta de casa.

BOUL.—No se puede discutir contigo. Si tú conocieras los consuelos de la religión...

CHICO.—(*Que ha terminado de comer, se levanta y fuma.*) ¡Los consuelos de la religión!... Si yo soy ateo es porque antes fuí religioso.

BOUL.—¿Tú has rezado alguna vez?

CHICO.—¡Claro que he rezado! He rezado tanto y tan fuerte que Dios, de existir, hubiera tenido que oírme, aunque fuese sordo... Por tres veces pudo acudir a mí al ver que yo dudaba de él...

BOUL.—¿Por tres veces?

CHICO.—¡Tres veces! La primera le pedí la manga. Tú sabes que mi mayor ambición es ser manguero... ¡Lo que yo daría por llevar esa manga, llegar a una calle, enchufarla y ver cómo brota el agua de ella como una inmensa fusta con la que se va azotando la inmundicia del arroyo!... ¡Oh, qué hermoso ser manguero, limpiar la ciudad a la luz del sol, y no metido en esos agujeros... Para formular mi petición elegí la iglesia más hermosa de París, Notre Dame, y compré una vela muy larga y muy gorda, de cinco francos.

BOUL.—¡Una vela de cinco francos!...

CHICO.—Pues a pesar de ello no lo logré... Pasó algún tiempo y se me ocurrió pedir otra cosa. De nuevo compré otra vela del mismo precio y esta vez me fuí a la iglesia más alegre, a la Magdalena.

BOUL.—¿De qué se trataba?

CHICO.—(*Sonriendo, azorado, pero vehemente.*) Quería una mujercita, una mujercita blanca y rubia, limpia y pura...

BOUL.—¿Querías casarte?

CHICO.—¡Eso! Me encontraba solo, necesitaba una compañera, alguien a quien querer y proteger... Supliqué y rogué hasta cansarme... No conseguí nada tampoco... Las únicas mujeres que he visto hasta ahora son como esa. (*Señala a Diana, que se vuelve hacia él lentamente.*) Pero a pesar del nuevo desengaño aun no me hice ateo... Me dirigí a Dios y le dije: Señor, todavía voy a darte una ocasión para que quedes bien conmigo. Por tercera y última vez vas a ver cómo es Chico; veamos cómo eres tú. Lógica pura. Esta vez le suplicaba poder realizar una experiencia.

BOUL.—¿Cómo?

CHICO.—No puedes entenderlo tú ni nadie. Sólo me entiendo yo. Quería sentir la sensación, sólo por una vez, de ser un caballero y poder tomar un taxi.

BOUL.—¿Y sólo por eso te gastaste otros cinco francos en una vela? Me lo dices a mí y te llevo gratis.

CHICO.—Ya sabía yo que no me comprenderías. Escucha. La experiencia que yo quería realizar era la de sentirme caballero, la de tener dinero suficiente para subir a un taxi y decir al cochero: Adelante, compañero. Llévame primero a la plaza de la Concordia, después a los Campos Elíseos, luego al Arco del Triunfo, y, por último, a mi casa, Rue de Notre Dame de Loreto, 48.

BOUL.—(*Contando por los dedos.*) Pues unos quince francos.

(*En este momento sale de la sacristía el P. CREVILLON, queda escuchando y sonríe.*)

CHICO.—Reconoce que tu Dios, tu bondadoso Dios, me debe quince francos. Reconocerás también que sé gastarme el dinero al servicio de un ideal. Dios no existe. Es una idea creada por los sentimentales y los débiles y explotada por los curas. Por eso soy ateo.

P. CREVILLON.—(*Adelantando.*) Acércate, hijo mío, yo no puedo creer que lo seas realmente.

RATA.—(*Saliendo de detrás del taxi.*) Cuidado, Chico, que éste acaba por convertirte.

P. CREVILLON.—Tú, Chico, eres un buen muchacho al que ı anciano sacerdote debe la vida.
CHICO.—(*Mirándole con disgusto, pero con cortesía.*) No e debe nada, ciudadano. ¿Por qué le salvé la vida? No lo sé. ɔ fué por bondad. Fué, sin duda, porque yo siempre hago lo ıe no debo hacer. Francamente, no me siento orgulloso por lo. No soy amigo de los curas.
BOUL.—¡Has salvado la vida a un sacerdote! Es para que avergüences.
P. CREVILLON.—Escucha, muchacho. Olvida por un momen- que soy sacerdote, mírame como a un hombre, un hombre ıe te está agradecido y quiere hacer algo por ti.
CHICO.—No necesito nada. Soy ateo. Nada pido.
BOUL.—No mientas a un sacerdote, mira que eso trae mala ıerte.
CHICO.—Digo la verdad. No quiero nada ni necesito nada.
BOUL.—¿Cómo? Ahora mismo acabas de decirnos lo que ne- sitas. (*Al P. Crevillon.*) El quería tres cosas y rezaba mu- ıo para lograrlas.
P. CREVILLON.—¿Y qué cosas eran ésas?
CHICO.—¡Bah!
BOUL.—Quería tener dinero suficiente para darse un paseo ı taxi con una esposa rubia y blanca y haber ganado para lo con el sueldo de manguero.
P. CREVILLON.—¡Bravo! Pues empiezo bien. Puedo conceder- una de las tres cosas. Coge esa manga. Es tuya. Eres man- ıero de la villa de París.
CHICO. — (*Emocionado, pero receloso.*) ¿Usted puede dár- ela?
P. CREVILLON.—(*Que ha escrito en una tarjeta religiosa qué ıca de su libro de oraciones.*) Es tuya. (*Boul y el Rata se han ntado y escuchan con interés.*) Toma esta tarjeta, preséntate ɔn ella en el Ayuntamiento y te darán una plaza de mangue-). Mi deuda está pagada. (*Saca una cajita del bolsillo.*) Ahora ruego que guardes esta medalla de San Juan que he com- rado para ti como recuerdo. Toma también esta de Santa ıés por si algún día encuentras esa esposa rubia y pura.
CHICO.—(*Frunciendo el ceño.*) ¿Medallas religiosas?
P. CREVILLON.—Perdona, los curas no sabemos comprar re- ılos. Además, yo no sé aún qué es lo que correctamente se ıede regalar a un ateo.
CHICO.—Tiene usted razón, ciudadano.
P. CREVILLON.—Estas dos imágenes te protegerán. Te ruego ıe las aceptes... Y, te agrade o no, pienso rezar por ti, ya que has dejado de hacerlo.

CHICO.—¡Bueno! (*Se guarda las medallas, que tienen su cadenitas correspondientes.*)

P. CREVILLON.—En tu alegría sana, en tu inocente ateísmo está Dios, aunque tú no lo creas. Hasta la vista, ciudadano manguero. (*Se va riendo alegre.*)

CHICO.—(*Avanza unos pasos detrás de él, hace una reverencia respetuosa y luego se vuelve lentamente y mira al Rata y Boul.*) ¡Soy manguero! ¡Soy manguero! ¡Al fin lo he conseguido!

BOUL.—¿Y no es Dios quien te lo ha dado?

CHICO.—(*Avanza hacia ellos amenazador.*) !Es que te atreves a decir que ha sido Dios el que me ha dado la plaza?... Las cosas buenas es siempre El quien las hace, pero de las malas no hay que acordarse... Reconozco que ha sido un poco extraño... Pero si las casualidades las tomamos por milagros... Si en los hechos de la vida mezclamos a la Providencia... Hace un momento no era nada y ahora soy manguero. ¡Oh, mon Dieu! (*Abre la caja y saca dos medallas con sus cadenitas.*)

BOUL.—¿Qué es?

CHICO.—Son de plata... Plata de ley... (*Abre la caja y lanza un grito de asombro.*) ¡Ah!

BOUL.—¿Qué te sucede?

CHICO.—Mira la etiqueta de la caja...

BOUL.—Quince francos. (*Suenan las campanas de la iglesia. Boul se santigua. El Rata duda un poco y le imita.*) Lo mismo que te gastaste en las velas. Dios te há pagado la deuda. ¿Crees ahora?

CHICO.—¡No! Una coincidencia más insignificante que las otras... Vamos a la Boca a celebrar mi nombramiento de manguero.

RATA.—Vamos. (*Se dirigen hacia la taberna cantando "La canción del Rin".*)

CHICO.—¡No! Cantar otra cosa. Nada con los alemanes. A lo mejor, mañana tenemos que ir a romperles la cabeza y tomarnos la revancha.

BOUL.—Espera. (*Por Diana.*) No debemos abandonarla. Diana, ven con nosotros. (*Diana, obediente, se levanta.*)

(*Boul y el Rata entran en la taberna.*)

CHICO.—(*Cortando el paso a Diana, que va a seguirlos.*) No, muchacha... quédate ahí... Ahora que ya soy manguero no está bien que alterne... ¿Me comprendes? (*Diana, resignada, se aparta y se sienta en el barril. Sale GOBIN de la taberna, Chico se dirige a él muy alegre.*) ¡Eh, Gobin! (*Gobin le mira de reojo y sin dignarse contestar cruzar el escenario.*) Acabo de ser nombrado manguero. Mira. (*Muestra la tarjeta.*)

GOBIN.—¿Cómo? (*Lee la tarjeta, sonríe y ofrece la mano a Chico.*) Enhorabuena, camarada.

CHICO.—Gracias.

GOBIN.—Ya nos veremos. (*Mutis.*)

CHICO.—(*Siguiéndole un poco.*) Buenas tardes. (*Se detiene y viéndole marchar saluda. Diana, que ha permanecido ensimismada, ve de pronto la navaja que Chico dejó olvidada en el arroyo, le mira y después alarga la mano y la coge. Chico se vuelve, va a entrar en la taberna y ve a Diana con la navaja en la mano y en actitud indecisa, con la cara demudada.*) ¡Eh! ¿Qué diablos estás haciendo? ¿Qué piensas? (*Da un salto y le quita el arma.*)

DIANA.—(*Decidida.*) ¡Déjame, déjame!... ¡No te importa!

CHICO.—(*Arrebatándole la navaja.*) ¡Vamos! (*Se separa de ella sin dejar de mirarla fijamente. Diana, vencida por la emoción, se desploma en el arroyo, quedando con la cabeza apoyada en el borde de la acera. Chico se limpia el sudor y dice casi aparte.*) ¿Qué locura se te había ocurrido?

DIANA.—¡Devuélveme la navaja!

CHICO.—¡Qué ocurrencia! ¡Suicidarte con mi cuchillo! Porque tú te has apoderado de él para esto, ¿no?

DIANA.—(*Desesperada.*) ¡No tienes derecho a impedírmelo!... Me iré al Sena.

CHICO.—(*Enfurecido.*) ¡Vete si quieres! A mí eso no me importa... Vete al río... Mañana estarás en la Morgue entre otras desgraciadas... A mí nunca me han interesado las mujeres como tú... Todas termináis lo mismo. En el Sena... (*Se dirige hacia la taberna, pero de pronto vuelve la cabeza y comienza a observar que Diana es bonita. Más amable, la dirige la palabra mientras se rasca la cabellera.*) A pesar de todo has logrado conmoverme, muchacha. (*Ella inicia el mutis.*) ¿Adónde vas?... Pero tú sabes todo lo horrible que es la cara de la muerte?

DIANA.—¡Déjame!

CHICO.—¿Por qué quieres quitarte la vida?

DIANA.—No tengo adonde ir. Estoy sola... ¿Qué va a ser de mí ahora?

CHICO.—(*Muy sorprendido.*) ¿Qué quieres decir?... ¿No eres lo que pareces?

DIANA.—No, no... Yo soy una muchacha decente...

CHICO.—¿No eres como tu hermana? (*Diana protesta enérgicamente con la cabeza.*) ¿Acaso por eso te maltrata?

DIANA.—La tengo miedo. No puedo volver a su lado. Me mataría.

CHICO.—Pero tú eres valiente. La idea de quitarse uno mismo la vida indica valor.

DIANA.—(*Mirándole cara a cara por primera vez.*) Si hubieras visto como yo aquellos ojos que te miraban con cariño y ahora sólo te miran con odio... Y ahora que por mí hemos perdido el bienestar, la riqueza...

CHICO.—¿Cómo?

DIANA.—Yo no podía mentir; yo no sé engañar...

CHICO.—Ya, ya... Mira, como no la conocía más que a ella, pues creí... Haces bien, muchacha... No seas como ella... Nadie sabe el destino que le espera... Mira, yo siempre he vivido ahí abajo; todo el mundo tenía derecho a despreciarme... Sin embargo, yo sé que soy un gran personaje. Toda la vida en la alcantarilla no ha logrado hundirme. Algunas veces me siento fuerte, poderoso como un rey. Y todo eso sin razón alguna, pero lo siento dentro... (*Se oye en la iglesia un órgano.*) ¿Cómo te llamas?

DIANA.—Diana.

CHICO.—Bonito nombre... Yo me llamo Chico... ¡Chico! Más es apodo que nombre, ¿verdad? Pues no tengo otro, porque no he tenido padres.

DIANA.—¿No tienes a nadie?

CHICO.—A nadie... Si tú te atrevieras a luchar con tu hermana la vencerías. Ella es cobarde como todas las mujeres de su calaña... Cuando te sintieras superior a ella recobrarías tu superioridad... ¡Pobre, me das lástima! En mí tendrás un amigo. Yo te protegeré si hace falta.

DIANA.—¿Me protegerás?

CHICO.—Sí. No tengo más que una palabra... Sé que algún día me pesará, pero no puedo remediarlo. Soy así.

(*Cesa la música en la iglesia. El SARGENTO DE POLICIA y dos guardias entran por la derecha con un grupo de miserables mujeres. Quedan bajo el farol que ilumina sus caras macilentas. Entre las mujeres está NANA, que se mantiene en actitud arrogante.*)

DIANA.—¡Qué bueno eres!

CHICO.—No soy bueno ni malo... Soy un tonto... Mis pensamientos se me salen de la boca sin que yo pueda detenerlos... Y las manos se me van sin que pueda impedirlo...

DIANA.—¡¡La policía! ¡Naná! (*Avanza un poco. Chico cruza.*)

SARGENTO.—(*Avanzando hacia Diana.*) ¿Qué haces tú aquí?

DIANA.—Nada.

SARGENTO.—¿En qué trabajas?

DIANA.—Soy costurera.

SARGENTO.—¿Dónde trabajas?

DIANA.—No tengo trabajo.

SARGENTO.—Mira, mejor es que vengas con nosotros.

CHICO.—Espera, espera. No debes detenerla, Jaime.

SARGENTO.—¿Por qué no, Chico?

CHICO.—Porque es una muchacha honrada.

SARGENTO.—Pues si lo es, ya lo probará en la comisaría...

CHICO.—Espera.

SARGENTO.—¿Es que vas a seguir dándome órdenes?

CHICO.—No, pero te ruego que no te lleves a esta muchacha con todas esas...

SARGENTO.—La tengo anotada como sospechosa... En la comisaría dirán...

CHICO.—No puedes llevártela.

SARGENTO.—¿Quién eres tú para impedírmelo?

CHICO.—Un funcionario como tú.

SARGENTO.—¡Un pocero!...

CHICO.—Manguero... Manguero...

SARGENTO.—Aunque así sea...

CHICO.—Es que además te advierto que es mi mujer...

SARGENTO.—¡Ah, eso es otra cosa! Haber empezado por ahí. Vamos, que se hace tarde.

NANA.—Miente. Diana no es su mujer.

SARGENTO.—(*Volviéndose.*) ¿Qué dices? (*A Diana.*) ¿Dónde vives?

DIANA.—Yo... En...

CHICO.—¿Dónde ha de vivir? En mi casa. Rue de Notre Dame del Loreto, 48.

SARGENTO.—Por ti la dejo. No quiero cometer un atropello. Pero mañana iré a comprobar eso. (*A las mujeres.*) ¡Andando! (*Las empuja hacia la derecha y hacen mutis.*)

CHICO.—(*Mirando fijamente delante de él.*) ¿Por qué he hecho yo esto? ¿Por qué lo he hecho?

DIANA.—(*Humildemente, poniéndose en marcha.*) No te preocupes. Ya me voy.

CHICO.—No puedes marcharte ahora... Mirarán en el registro, no encontrarán nuestros nombres como casados... Irán a mi casa, descubrirán que no eres mi mujer... ¡Estoy perdido! Esto me va a costar perder la plaza. (*Mesándose los cabellos.*) Dios mío, ¿qué he hecho yo?... ¡Tendré que casarme contigo!... ¡Qué desgracia tan horrible, ahora que ya había logrado mi sueño...! (*Se sienta desesperado en el barril.*)

DIANA.—(*Tímida, acercándose.*) Aun puede arreglarse todo. Déjame estar en tu casa hasta que vaya la policía. Así creerán que soy tu mujer... Después me echas... Yo no volveré a molestarte nunca.

CHICO.—Pero, ¿Cómo van a creer que somos casados si no tenemos documentos?

DIANA.—Creo que no los exigen. Pero, en último caso, decimos que estamos casados en Italia o en los Estados Unidos... Yo sé algo de inglés...

CHICO.—Es una buena idea. No discurres mal.

DIANA.—(*Besándole la mano.*) ¡Gracias! Eres muy bueno.

CHICO.—(*Retirando la mano y limpiándose en el chaquetón.*) ¡No hagas eso!

(*BOUL, ligeramente alegre, sale de la taberna canturreando y se dirige hacia el taxi.*)

CHICO.—(*Tomando rápidamente una decisión.*) ¡Eh, tú!... Dale cuerda a "Eloísa".

BOUL.—¿Qué dices?

CHICO.—Que pongas en marcha esa máquina de coser.

BOUL.—Como no sea por milagro... Ya verás, ya verás. (*Da a la manivela y el motor se pone en marcha sin dificultad.*) ¡Santo Dios! Es un verdadero milagro. ¡Desde esta mañana luchando!...

CHICO.—Vas a llevarnos a casa a mí y a mi mujer.

BOUL.—¿A tu mujer?

CHICO.—Tengo el honor de presentártela. (*Toma de la mano a Diana.*)

BOUL.—¿Es posible?

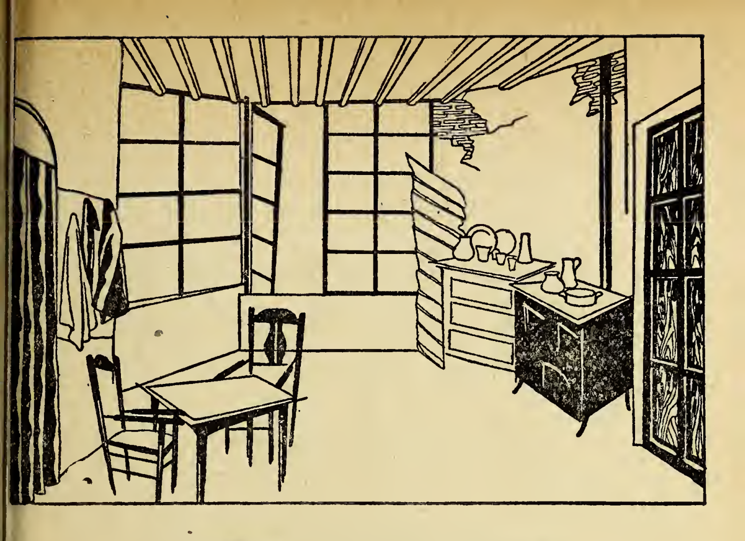
CHICO.—Verás...

BOUL.—¡No! No me lo cuentes ahora. Al coche, de prisa, antes de que "Eloísa" se pare otra vez.

(*Diana, como atontada, se deja llevar. Chico la hace subir al taxi.*)

CHICO.—Vamos a hacer nuestro viaje de bodas. Llévanos primero a los Campos, después a la plaza de la Concordia, después al Arco del Triunfo, y después a casa, rue de Notre Dame de Loreto, 48... (*Salta dentro del coche y cierra la puerta. Sale el RATA, que se queda asombradísimo. El coche arranca de golpe, dejando caer sentado a Chico. Se para en seguida, pero vuelve a arrancar con gran estrépito y desaparece. ARLETTE sale de la taberna y les dice adiós con la mano.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Estamos en el sotabanco de una alta casa de Montmartre. Al fondo hay una gran ventana a la francesa que da sobre el tejado. A través de ella se ve un panorama de París que tiene por fondo las blancas cúpulas del Sagrado Corazón. Más cerca, remate de edificios y chimeneas de otros tejados. A la izquierda, puerta pequeña que se supone es la alcoba. Una cortina de percal la cierra. A la derecha, la puerta de entrada a la vivienda. El techo, en declive hacia el foro. El mobiliario es pobre y sencillo. Un modesto aparador, más bien un estante, con algunos platos y vasos. Una mesita en el centro, sobre ella un quinqué de petróleo o acetileno. Tres o cuatro sillas. Una percha. En el rincón de la izquierda del foro, una pequeña cocina de hierro, con salida de humos por el techo. Junto a ella una mesita de pino. Es el domicilio de CHICO, donde ha entrado DIANA prestándole algo de su feminidad. Ha colocado dos o tres humildes flores en un vaso sobre la mesa. Ha puesto unos pañitos en el estante, unos periódicos bajo la ropa colgada en la percha, un muñequillo colgando de la lámpara. El sol entra a raudales por la ventana abierta. Es una hermosa mañana de julio.

(Al levantarse el telón aparecen en escena DIANA y ARLETTE. La primera guisotea arrimada al fogón. Se da aire de gran cocinera. Arlette, muy compuesta, con aspecto más agradable que en el primer acto, está sentada graciosamente en el borde de la mesa, columpiando los pies.)

ARLETTE.—*(Curiosa.)* ¿Y dónde fuisteis después?

DIANA.—Recorrimos Montmartre en plena fiesta. Nos montamos en los caballitos, tiramos a las botellas y hasta nos hicimos un retrato. Mira. (*Saca del pecho una tarjetita.*) Montados en un automóvil.

ARLETTE.—Ya los conozco. El año pasado me hice yo uno de ama de cría.

DIANA.—¡También es un capricho!

ARLETTE.—¿Y luego?

DIANA.—Después nos vinimos ya para casa; pero "Eloísa", ya sabes, el taxi de Boul, se paró en la plaza de Clichy y no hubo medio de hacerle andar. Tuvimos que venirnos a pie.

ARLETTE.—¿Hasta aquí?

DIANA.—(*Va hacia el aparadorcito y sobre una bandeja de latón coloca un cubierto.*) Sí. Nos reímos mucho. Como yo venía cansada, Chico quería subirme en brazos los siete pisos. No se lo consentí.

ARLETTE.—(*Mirando el retrato.*) Es muy guapo y muy fuerte. Ahora que se peina y se arregla parece otro. Le sucede lo que a la casa. También parece que la han cambiado. Antes no se podía entrar aquí.

DIANA.—Poco he podido hacer. Pero no te extrañe, Chico vivía solo, y como es tan descuidado...

ARLETTE.—¡Como se asombrará Naná cuando se entere de que te has casado!

DIANA.—(*Que vuelve al hornillo, se entristece ante el recuerdo de su hermana.*) Sí...

ARLETTE.—¡Habrá que ver lo rabiosa que se pondrá!

DIANA.—Sí...

ARLETTE.—Gracias a Dios que está encerrada.

DIANA.—No hables así, Arlette.

ARLETTE.—¿Por qué no? Tú te debes alegrar de que esté en la cárcel, y cuanto más tiempo, mejor. ¿Es que la necesitas para algo?

DIANA.—No, pero me da pena; es mi hermana... Pienso en todo lo que sufrirá en San Lázaro.

ARLETTE.—También Chico decía esta mañana que le daba lástima. A mí no.

DIANA.—¿Has visto a Chico esta mañana?

ARLETTE.—¡Claro! (*Riendo*) Todos los del barrio fuimos a verle estrenar su manga. Nos invitó mi cuñado, pues ya sabes que Gobin ha influído para que le den el servicio por aquí... ¡Por poco ahoga al Rata! (*Ríe.*) ¡Si le hubieses visto!

DIANA.—(*Un poco ofendida.*) Es la primera vez que lo hace. Pronto aprenderá.

ARLETTE.—No, si ya la maneja bien. Nos reímos tanto por-

que se le ocurrió demostrar el uso que haría de la manga si fuese a la guerra. Dice que la emplearía para barrer como con una ametralladora.

DIANA.—(*Que sigue preparando una olorosa sopa de cebolla, para la que acaba de cortar las rebanaditas de pan.*) ¡La guerra!...

ARLETTE.—Sí. Todo el mundo habla de eso...

DIANA.—(*Vuelca el pan en la olla.*) No debían existir las guerras, Arlette.

ARLETTE.—Es lo que yo digo. Pero los hombres lo toman de un modo... Discuten, gritan que si Francia, que si Alemania, que si Inglaterra... Como si entendieran de eso, que sólo entienden los ministros.

DIANA.—Que son los que no van a la guerra. (*Prueba la sopa.*)

(*Aparece en la ventana, viniendo del tejado, GOBIN sin blusa ni sombrero. Se muestra muy amable. No es el personaje infatuado del acto primero. Los personajes que van y vienen a la guardilla de Gobin utilizan para ello un paso por el tejado, siguiendo el borde del alero y cruzando luego a la derecha sobre un tablón que se supone suspendido sobre la calle. Un ventilador funcionando siempre, pero sin ruido, se encargará de agitar los vestidos.*)

GOBIN.—Buenos días, madame Chico.

DIANA.—Buenos días, monsieur Gobin. ¿Cómo está ahora su mujer?

GOBIN.—Muy animada. (*A Arlette.*) ¿Qué te ha pasado? Dejas a tu hermana sola en la cama y estás aquí de conversación... Para cuidarla así te podías haber quedado en la taberna.

ARLETTE.—Es que aun no estaba la sopa.

DIANA.—Discúlpela usted. Ha sido culpa mía. No había cocido aún bastante la sopa y nos entretuvimos charlando. (*Va a la hornilla, prueba el guiso, le pone sal y pimienta.*) Dentro de poco estará.

GOBIN.—Pues yo mismo vendré por ella... Es usted muy buena para nosotros, madame Chico. Si mi mujer ha comido algo en estos días ha sido gracias a sus guisos, porque lo que cocina ésta no hay quien lo pueda atravesar.

DIANA.—¿Habrá guerra, monsieur Gobin?

GOBIN.—(*Se entristece un momento, pero en seguida contesta con tono alegre.*) ¡Quién piensa en eso!... Las naciones están muy civilizadas para una guerra. Eso en tiempos de nuestros padres... Hoy, además, una guerra no duraría ni una semana.

DIANA.—Eso es lo que yo decía a Arlette...

GOBIN.—¿Es de esto de lo que has estado charlando? Pues

procura que no se te escape una palabra delante de tu hermana, porque te ahogo. ¡No le faltaba más que tener esa zozobra!

Arlette.—Sé muy bien cuándo debo hablar y cuándo tengo que callar.

Gobin.—Pues por si acaso... Ella ha oído algo y está recelosa.

Diana.—¿Ha venido el médico?

Gobin.—Todavía no. Vendrá al mediodía. Ha dicho que antes de que se ponga el sol nacerá nuestro hijo. (*Vase por la ventana.*)

Arlette.—(*Riendo.*) Es curioso. Está convencido de que va a ser un niño... ¡Mira que si fuesen dos niñas! (*Vase también.*)

(*Diana, al quedarse sola, mira a su alrededor con cierta complacencia. Arregla las florecillas, estira los pañitos, limpia el polvo de la mesa y por último descuelga de la percha el chaquetón que Chico llevaba en el primer acto, saca la caja de costura, una antigua caja de cigarros, y termina de repasar la prenda, que ya está limpia, remendada, zurzida, y la cuelga del respaldo de un viejo sillón. Se sienta en él y acaricia la prenda echando las mangas sobre sus hombros, como si la abrazase. Pausa. Llaman a la puerta.*)

Diana.—(*Sobresaltada.*) ¿Quién es? (*La llamada se repite. Diana se domina y va a abrir.*) ¿Qué desea? ¿Es la policía?

Boul.—(*Dentro.*) Soy yo, Boul...

(*Abre Diana y aparece BOUL, sin capote, en traje ordinario. Trae el sombrero ladeado sobre la oreja y luce sobre el chaleco una gruesa cadena de reloj, de oro, al parecer.*)

Diana.—Adelante.

Boul.—¿Y Chico?

Diana.—No está aquí.

Boul.—(*Sorprendido.*) ¿Qué no está?

Diana.—No.

Boul.—Me dijo que si no estaba a las once en punto con "Eloísa" me cortaba una oreja. (*Consulta un gran reloj, procurando lucirle.*) Son más de las once. Me dijo que se trataba de algo importante. He bajado el alquila, me he quitado el uniforme y aquí estoy. ¿De qué se trata?

Diana.—(*Perpleja.*) Pues no lo sé. (*Va al aparador y toma una botella y un vaso, que pone sobre la mesa.*) ¡Qué alegría verle por aquí, Boul!

Boul.—(*Mirando por el ventanal.*) Bonita vista desde aquí... El Sagrado Corazón... Todo Montmartre. Pero estamos en las nubes. ¡Siete pisos!

Diana.—Estamos en el cielo. (*Sirve un vaso de vino.*)

Boul.—(*Sentándose junto a la mesa.*) ¿Eres feliz, mucha-

cha? (*Diana sonríe y después se sienta al otro lado de la mesa, toma la chaqueta y sigue cosiendo.*) ¡Tanto como soñaba Chico con tener una esposa rubia, blanca, limpia!... Y todo lo ha logrado, aunque no quiere reconocerlo, por la vela a San Antonio. (*De pronto frunce el entrecejo.*) ¿Por qué te creíste que era la policía?

DIANA.—Esperamos su visita.

(*Boul se desprende el reloj del chaleco y se le guarda en un bolsillo del pantalón.*)

BOUL.—¿Esperáis a la policía?

DIANA.—Sí. Yo estoy aquí para probar que es casado, que soy su mujer... Si no, se expone a perder la plaza de manguero.

BOUL.—(*Respirando.*) ¡Ah, ya!

DIANA.—Nos dijeron que vendrían a la mañana siguiente, pero aun no han venido.

BOUL.—¿Y Naná? ¿Ha estado aquí?

DIANA.—No... Ya vió usted que se la llevaron en la redada... (*Triste.*) Está en San Lázaro.

BOUL.—No. Ya está libre.

DIANA.—¿Libre?

BOUL.—Sí. La sacó ayer ese coronel Brissac que se interesaba por vosotras... ¡Tienes una suerte, hija mía!...

DIANA.—(*Se levanta, va hacia la puerta y la cierra.*) Naná está libre!...

BOUL.—Yo no quería decírtelo, pero mejor es que estés prevenida. Ayer me buscó para que la trajese. Me negué y entonces me dijo: Adviértele que si no viene ella iré yo a buscarla...

DIANA.—¡Tres días de paz, de gozar de este cielo después de aquel infierno!... ¡Ya sabía yo que no podía durar tanta dicha!

BOUL.—Se ve que la tienes miedo... Lo comprendo. Es una fiera. Aquella tarde, a pesar de mis fuerzas, si no llega Chico tan oportunamente...

DIANA.—Boul, ¿qué puedo yo hacer?

BOUL.—Díselo a tu marido. El sabrá...

DIANA.—(*Sencillamente.*) Yo no tengo marido.

BOUL.—Ya, mujer, pero es lo mismo... Para el caso eres la esposa de Chico.

DIANA.—No, no lo soy.

BOUL.—¿Es posible? Yo creí que os habíais casado al día siguiente de traeros aquí.

DIANA.—No. Lo ha dicho así a los demás para protegerme y para que vean que no engañó a la policía cuando quisie-

ron detenerme, pero en cuanto vengan a comprobarlo, me iré. Nada tengo que hacer aquí.

Boul.—Pero el es buen muchacho. Tendrá intención de casarse contigo, ¿no? No dejará que te marches.

Diana.—Sé muy bien que él no ha de echarme. Es tan... tan bueno, tan generoso... Pero yo no debo aprovecharme de su bondad. ¡Bastante ha hecho!

Boul.—Pero, ¿qué disparates estás diciendo?... ¿No habéis vivido juntos durante tres días?

Diana.—No.

Boul.—¿Qué dices?

Diana.—Chico viene tan sólo a buscar su comida y se vuelve a marchar. Duerme en casa de unos amigos. Yo me paso la noche sola cosiendo su ropa, haciéndole unas camisas que no tenía...

Boul.—(*Con asombro.*) ¡En mi vida he oído semejante cosa! ¿Qué se puede esperar de un ateo?... Todo esto es el resultado de no poseer una buena educación cristiana... Yo le hablaré.

Diana.—No, no, por favor... Lo que sucede realmente es que no me quiere.

Boul.—¡Bah, bah!

Diana.—Si me sacó de entre las manos de mi hermana, si luego por un impulso generoso impidió que me llevasen a la redada... fué por que él es así. Ya sabe usted que dice que siempre hace lo que no quiere, lo que no debe hacer...

Boul.—Sí, sí... Y a veces hace cosas muy buenas... Es posible que sea como dices...

Diana.—Gobin me ha dicho que puede ofrecerme el puesto de su mujer en las factorías de sedas de Lyón, pues ahora mientras cría no puede trabajar...

Boul.—¿Gobin? ¿Ese fachendoso que nos mira a todos por encima del hombro?

Diana.—En la intimidad es otra cosa distinta que en la calle. Chico también lo dice. Vive aquí, en la guardilla de al lado. Su mujer y yo somos muy buenas amigas. Es hermana de Arlette. Yo no lo sabía.

Boul.—Sí, eso sí lo sabía yo.

Diana.—(*Va hacia el fogón y destapa el puchero.*) Como desde anteayer está en la cama, yo la hago aquí la comida... ¡Sería maravilloso!

Boul.—¿El qué?

Diana.—Encontrar trabajo, estar casada, salvada... Tener a alguien que la quiera a una... Mi vecina va a tener un niño...

Boul.—Vamos, muchacha, ánimo... Todo el mundo tiene derecho a ser feliz... ¿Tú quieres a Chico?

DIANA.—(*Ruborosa, escondiendo la cara en el hombro de Boul, que se ha levantado y está junto a ella.*) ¡Sí!

BOUL.—No comprendo cómo ese idiota no lo ve... (*Pasea.*) ¡Ya está! Vamos a ofrecerle una vela a San Antonio... Un gran santo. Un poco perdulario en su juventud, como solemos ser todos los grandes santos, pero luego... Es mi santo favorito. Nada, nada. Tú no te irás de aquí. (*Se oye silbar en la escalera.*)

DIANA.—(*Alegre.*) ¡Ya viene!

BOUL.—Procura empezar tú la conversación. Yo le diré unas cuantas cosas...

(*Diana, después de componerse un poco, corre a abrir la puerta.*)

CHICO.—(*Entra trayendo bajo el brazo una voluminosa caja y un tiesto florido. Viste decentemente y luce una camisa muy limpia. Deja la caja sobre la mesa.*) Hola, Diana. ¿Estás tú aquí, viejo Boul?

BOUL.—Aquí, pensando todo lo idiota que eres...

CHICO.—¿Yo? ¿Por qué dices eso?

BOUL.—Por nada, por nada... ¿Para qué me has citado a las once y son ya (*busca el reloj*) lo menos las once y media?

(*Diana, después de contemplar a Chico muy complacida, ha vuelto al fogón, un poco contristada al ver que las atenciones de él han sido para Boul.*)

CHICO.—Te necesitaba para algo muy importante.

BOUL.—¿A mí o a "Eloísa"?

CHICO.—A los dos. Pero me he retrasado y no podrá ser hasta las doce. (*Está desatando el paquete.*)

BOUL.—Una hora de taxi... pero eres un amigo.

CHICO.—Yo no sabía que era necesario poseer un nombre y he tenido que vencer muchas dificultades para demostrar a los del registro que yo había nacido, que no era un perro vagabundo. No estaba inscrito... Nadie se había tomado la molestia de decir a aquellos señores: ¡eh!, que aquí hay un ciudadano más...

BOUL.—¿Y qué has hecho?

CHICO.—Demostrarles que soy una persona que ha nacido y vive, aunque ellos no lo supieran. Por fin me dieron un papel en que consta que existo y a las doce podemos ir a la alcaldía a casarnos. (*Boul se levanta asombrado.*)

DIANA.—¿Casarnos?

CHICO.—(*A Boul.*) Conque, ya lo sabes. Vuelve dentro de un rato. Nos llevarás a la alcaldía y serás testigo.

BOUL.—Le ha vuelto el juicio. ¿No te parece, Diana? No es tan tonto como parece... Como regalo de boda sírvase aceptar

el novio este pequeño recuerdo. (*Le da el reloj con su cadena.*) Parece de oro, pero como le engañan a uno tan fácilmente...

CHICO.—(*Rehusando.*) No, Boul, es demasiado.

BOUL.—Tómalo... Me ha costado muy barato... A madame ya le traeré otro regalo. (*Medio mutis.*)

CHICO.—Quédate a echar un trago con nosotros.

BOUL.—No, no. Tengo que afeitarme, mudarme de camisa, comprar una vela a San Antonio y dar un repaso a "Eloísa" para que no nos juegue ninguna mala trastada dejándonos en el camino... ¡Sería lamentable!... Felicidades y numerosa prole.

CHICO.—¡No seas bruto!

BOUL.—(*Desde la puerta, a Diana.*) Digo, ¿eh? Mi santo... ¡Así se la voy a comprar! (*Mutis.*)

(*Quedan solos Diana y Chico. Ella está callada, con la mirada en el suelo. El se muestra azorado.*)

CHICO.—Tú... tú... ¿no dices nada? (*Ella se acerca, le mira, se ruboriza y guarda silencio. Destapa la caja.*) Mira, tu traje de novia. (*Sin pronunciar palabra, Diana intenta arrodillarse a sus pies.*) ¡No! Tú no debes hacer eso... Ven aquí. (*Saca el traje y le coloca sobre la mesa. Es un trajecito blanco sencillo, pero bonito.*)

DIANA.—Tú lo haces todo, me lo das todo, y yo en cambio... (*Ha tomado la macetita. La riega y la coloca en la ventana.*)

CHICO.—No digas eso.

DIANA.—¿De verdad quieres casarte conmigo?

CHICO.—(*Encogiéndose de hombros, enciende la pipa.*) Sí.

DIANA.—¿Por qué?

CHICO.—...No sé.

DIANA.—Tú no estás obligado.

CHICO.—(*Hosco, sentándose en la mesa.*) Sé muy bien lo que hago.

DIANA.—Eres tan extraño, tan distinto a los demás...

CHICO.—Eso es verdad. Nadie es como yo... Yo soy un gran personaje. (*Se sonríe a sí mismo.*)

DIANA.—Es verdad... pero no te entiendo... Dices que te quieres casar conmigo y nunca me has dicho...

CHICO.—¿Qué?

DIANA.—¿Por qué no me lo dices alguna vez?

CHICO.—(*Levantándose.*) Decirte alguna vez... ¿qué?

DIANA.—Una palabra de cariño... Que me quieres... Dime al menos que no te casas conmigo por compasión, por compromiso...

CHICO.—(*Hosco.*) Vamos, quieres que te haga el amor... (*Diana hace un gesto y sonríe tímida. El se frota la cabeza.*)

DIANA.—Todos los hombres, si quieren a una mujer, se lo

dicen... Andan detrás de ella... Claro es, si ella les gusta, si es algo bonitilla.

CHICO.—Yo no sé hablar de esas cosas... Parezco un idiota... ¿Cómo quieres que yo mirara a las mujeres antes siendo un alcantarillero...? A las otras, tampoco... No me gustaban...

DIANA.—Claro que yo valgo poquillo... Pero, anda, hombre, si nos vamos a casar, antes dime algo, dime lo que sientes, dime...

CHICO.—(*Muy serio.*) Lo haré, pero una vez nada más... por que tú lo quieres. (*Avanza hacia ella.*) Tú... eres tú...

DIANA.—Ya.

CHICO.—Yo...

DIANA.—Eres tú...

CHICO.—No, soy tú también. ¿No me entiendes? Como tú eres yo... No comprendo como un matrimonio puede tener un hijo que es de los dos sin que ellos sean uno mismo. Por eso yo entiendo que los que se casan, como nosotros vamos a casarnos... (*Diana rompe a llorar.*) ¿Qué es eso? ¿Me pides que te haga el amor y te pones así?... ¡Otra cosa que no entiendo; por qué las mujeres lloráis cuando tenéis una alegría, lo mismo que cuando tenéis una pena, y chilláis y decís que no cuando estáis deseando una cosa!... ¡No sirvo yo para querer, está visto!

DIANA.—No. (*Se ha secado rápidamente las lágrimas.*) Ha sido la emoción... Sigue... Dime que eres feliz a mi lado.

CHICO.—¡Ya lo creo!... Diana, Chico, el cielo... ¡Qué felices vamos a ser aquí tan altos, tan solos!

DIANA.—¡Dilo, dilo otra vez! Así, así. ¡Eso es hacer el amor!

CHICO.—(*Muy complacido.*) ¿Sí?... ¡Diána, Chico, el cielo!... ¡Que bobada!

DIANA.—Otra vez... Sigue.

CHICO.—Diana... Chico... ¡Basta! (*Riendo.*) ¿Qué es lo que te propones? (*Bebe un trago de vino del vaso que Boul dejó sobre la mesa.*)

DIANA.—(*A sí misma, con las manos sobre el corazón.*) ¡Así quería yo que me hiciese el amor!... Así. ¡Cómo podrán ocurrírsele frases tan bonitas! Chico, el cielo... (*Alto.*) Si hay un Dios bueno, eres tú.

CHICO.—(*Con el vaso en alto, muy alegre.*) Puede que tengas razón. (*Bebe.*) Soy un compañero muy notable.

DIANA.—Es verdad.

CHICO.—¿Lo habías observado tú también?

DIANA.—Sí.

CHICO.—Es maravilloso lo que yo siento, lo que se me ocu-

rre. Mis pensamientos son tan elevados como... (*Olfateando.*) ¿A qué huele aquí? (*Se acerca a la hornilla.*) ¡Sopa de cebolla! (*Prueba con una cuchara.*) ¿Otro nuevo guiso? ¡Que bien lo haces! Pues mira, si tratas de llegarme al corazón por el estómago, te confesaré... (*Huele de nuevo y se acerca a la hornilla.*) Déjame probar un poco.

DIANA.—No. Es la sopa de madame Gobin. Lo nuestro está ahí.

CHICO.—Bueno, me conformo; pero mañana tienes que repetir ese guiso para mí... Realmente es también una gran cosa saber que la mujer que va a vivir con uno toda la vida es una buena cocinera... Y como vas a tener dinero para guisar cosas ricas. (*Se vacía los bolsillos.*) Mira, me han pagado por adelantado el mes. Esta noche, después de la boda, daremos una fiesta a todos nuestros amigos, a mis compañeros...

DIANA.—(*Que ha pasado a recoger la chaqueta de Chico.*) ¡Poca importancia que me voy a dar como madame Chico!...

CHICO.—Y puedes, porque ser mi mujer es algo importante, ya lo verás.

DIANA.—Aquí tienes arreglada tu chaqueta de trabajo.

CHICO.—¿Ya?... (*Examina la chaqueta. Por un momento se encuentran sus manos con las de Diana y las retiene con ternura. Ella se turba y el retira las suyas con emoción.*) La has zurcido, la has remendado, está limpia... ¡Si parece otra!... Ahora voy a tener mucho cuidado de no mancharla, de no romperla, pensando que la has cosido tú. (*Deja la chaqueta colgada del respaldo de una silla. La sopa comienza a hervir. Diana va hacia el fogón. Chico la contempla con ternura. Después enciende la pipa.*) Estoy contento.

DIANA.—¿De veras?

CHICO.—(*Fuma, asiente y después ríe abiertamente.*) ¡Ja, ja! ¿Quién iba a pensar hace tres días, cuando yo estaba en la maldita alcantarilla, que pronto iba yo a ser manguero, a tener una mujer como tú y a disponer del dinero necesario para convidar a mi boda a todos los compañeros. ¡Ni soñarlo!... Boul asegura que lo ha alcanzado gracias a las tres velas que le ofrecí a Dios... ¡Como si tuvieran mérito tres velas y quince miserables francos!... ¡Ja, ja!

DIANA.—(*Bajando.*) Yo no dudo de que hay un Dios, un Dios muy bueno, y que El es quien te ha acercado a mí.

CHICO.—¡Bah!... No te deshagas las cabeza con preocupaciones tan hondas. Eso déjalo para mí.

DIANA.—(*Se sienta junto a la mesa y zurce unos calcetines.*) Tienes razón.

CHICO.—Mira, todo es muy sencillo. Lo que llevas dentro de ti, tu espíritu, es lo que te hace ser lo que eres.

DIANA.—¿El espíritu?

CHICO.—Esa es mi religión. Si hay dentro de ti miedo, temor, creencia de que eres débil, estarás perdida; pero si en tu espíritu domina la idea de que eres fuerte, de que eres algo, lo serás... Tú debes imponer a tu espíritu una idea. Valor.

DIANA.—¿Y cómo voy a hacer eso?

CHICO.—Verás, tú escoges la idea que necesitas, que en este caso es valor, y aquí *(Señalándose la frente.)* te la fijas como un clavo y ni por un momento la dejas escapar... No te creas que es fácil, no. Sufrirás caídas, te darás porrazos, pero con constancia llegarás un día a alcanzarlo y tú misma te asombrarás. Entonces tu espíritu tendrá valor, serás valiente... ¡Por eso soy yo lo que soy!... Si a veces me asombro de todo lo que he conseguido, de lo que soy capaz... Pero como todo cuanto soy me lo debo a mí mismo, por eso soy ateo. Por eso estoy tan seguro de que Dios no existe. *(Se sienta y de repente lanza un grito de dolor.)* ¡Ay! ¿Con qué me he pinchado?

DIANA.—¡Habré dejado alguna aguja! *(Va a coger la chaqueta sobre la que Chico se ha apoyado.)*

CHICO.—*(Que la ha registrado.)* ¡Fuego del infierno!

DIANA.—¿Qué era?

CHICO.—Las medallas del padre aquel... Es extraño.

DIANA.—¿Ves?

CHICO.—¡Nada!... Son coincidencias... Coincidencias que no logran asustarme... No me embaucarán, no. *(Deja las medallas sobre la mesa.)* Yo me he hecho a mí mismo. No necesito de nadie para andar solo.

(Aparece GOBIN por la ventana.)

GOBIN.—¿Se puede? ¿Está lista la sopa?

DIANA.—¡Ah, monsieur Gobin, perdone usted. Por un momento lo había olvidado todo. *(Vuelca la sopa en el plato.)*

GOBIN.—Mi mujer quiere verla.

DIANA.—¿Pasa algo? Parece usted muy preocupado.

GOBIN.—No. Nada.

DIANA.—Mire, mire lo que Chico me ha comprado.

GOBIN.—¡Precioso!

DIANA.—Voy a enseñárselo a su mujer. Me lo pondré para que ella lo vea. Se alegrará.

DIANA.—Voy en seguida. *(Toma en una mano la caja del vestido y en la otra la bandeja con el plato.)*

CHICO.—Te ayudaré.

DIANA.—Puedo yo sola.

CHICO.—A ver si te caes al cruzar los tejados. Es un paso muy peligroso yendo cargada.

DIANA.—Ya no tengo miedo a nada. Antes me asustaba contemplar la calle desde aquí, pero ya no tengo miedo. He dicho a mi espíritu: ¡Valor! (*Mutis riendo.*)

CHICO.—(*Se acerca a la ventana, viéndola marchar embobado.*) Es una mujercita encantadora...

GOBIN.—(*Que se ha asomado a la ventana y mira hacia fuera.*) ¡Chico! (*Este no le oye.*) ¡Chico!

CHICO.—¿Qué?

GOBIN.—Mira, desde aquí puedes ver la gente. Tengo miedo de lo que va a pasar.

CHICO.—(*Después de asomarse, se vuelve sereno.*) Puede no ser verdad lo que dicen.

GOBIN.—Es difícil... es difícil... Lo dicen todos... Yo se lo he ocultado a mi mujer.

CHICO.—Eso está muy bien hecho.

GOBIN.—Si Inglaterra no nos ayuda, estamos perdidos.

CHICO.—Yo odio la guerra. Corrompe todas las cosas. Es una maldición.

GOBIN.—No pienses ahora en ti mismo.

CHICO.—No puedo pensar en nadie más... Odio las balas, los dolores, la sangre, los sufrimientos... Soy un cobarde... Sobre todo, desde que soy feliz.

GOBIN.—¿Un cobarde?

CHICO.—Sí... Me asusta la idea de convertirme en asesino de otros hombres, de otros hombres a lo mejor felices como yo... Siempre hago lo que no debo hacer y tengo miedo de mi propia fiereza.

GOBIN.—Luego eres valiente...

CHICO.—Sobre eso del valor no he pensado yo como es debido... pero me parece que no hay cobardes ni valientes del todo... Tal vez no necesiten llamarnos.

GOBIN.—Pueden hacerlo. Y si lo hacen, nuestro regimiento es el primero en la lista. Si nos llaman, nosotros, los del veinticinco, tenemos que estar en la estación del Norte a la hora de decretarse la movilización. ¿No has recibido aviso?

CHICO.—(*Tocándose los bolsillos.*) Sí..., pero tal vez no nos llamen.

GOBIN.—Yo no puedo estar tranquilo sin saber noticias. Si nos llaman tendré que abandonar a mi mujer y a mi...

(*Llaman a la puerta.*)

CHICO.—¡Adelante!

(*Entra el RATA. Viene maravillosamente limpio y pintorescamente vestido. Un sombrero elegantísimo, pero que a la legua se ve que jamás fué suyo. Una americana que le viene muy*

grande, un pantalón demasiado estrecho, un chaleco de loca fantasía, flor en el ojal, bastón y un ramo de flores en la mano.)*

RATA.—Buenos días.

CHICO.—¡Rata!... ¿Quién te ha vestido así?

RATA.—¿Estoy mal?

CHICO.—Estás para la pista del Circo de Invierno.

RATA.—Me ha parecido conveniente presentarme con cierta etiqueta para asistir a la ceremonia.

CHICO.—Pues si te descuidas llegas tarde. Te dije que a las once.

RATA.—Es que no he terminado de vestirme hasta ahora mismo... y eso que empecé a las seis.

CHICO.—¿Habrás tardado todo ese tiempo en meterte los pantalones?...

GOBIN.—Y en quitarse churretes de la cara.

RATA.—No, no. Eso lo hice anoche antes de acostarme, que como estaba sudando era más fácil que salieran... He tardado en vestirme, porque el pantalón me le puse en casa de mi tío, la camisa fuí a pedírsela a un amigo mío que es camarero, y tuve que aguardar a que volviera del servicio para mudarse. Está muy limpia, ¿verdad? Sólo la ha llevado desde el jueves. En el restaurant son muy exigentes para eso. Los hacen mudarse cada ocho días. Botas no encontraba, y tuve que comprármelas casi nuevas...

CHICO.—Vamos, que tenías cada prenda en un distrito distinto de París...

CHICO.—Casi, casi.

GOBIN.—¿Qué has oído de la guerra?

RATA.—La gente está muy excitada. He visto pegar a dos por malos patriotas... Yo creo que vamos... Vamos, que van, porque yo no voy. Me faltan dos años.

GOBIN.—Yo voy a ver...

CHICO.—Mira, Rata, mientras viene Boul, acércate en una carrera a las pizarras de los periódicos... Trae noticias...

RATA.—Sí, sí. Voy en un vuelo. Este ramo es para madame Chico.

CHICO.—Se le daré en tu nombre.

(Al ir a salir el Rata se tropieza con TIA VALENTINA que entra.)

RATA.—*(Aparte, cediéndola el paso con mucha ceremonia.)* Esta debe ser la madrina... ¡Digo, si no llego a vestirme! *(Mutis.)*

VALENTINA.—*(A Gobin.)* ¿Es usted uno a quien llaman Chico?

GOBIN.—No, señora, Chico, es ese *(Señala y vase.)*

VALENTINA.—¿Es usted Chico?

CHICO.—(*Azorado.*) Sí, señora. ¿Puedo preguntar quien es usted? ¿Qué desea?

VALENTINA.—Creo que mi sobrina Diana está aquí.

CHICO.—¡Ah, entonces usted es tía Valentina! (*La ofrece una silla a la izquierda de la mesa.*) Voy a buscarla.

VALENTINA.—Espere. Primero quiero hacerle a usted una súplica.

CHICO.—(*Riendo.*) Cuando una señora suplica una cosa es que quiere aprovecharse de la debilidad de uno a pretexto de que la débil es ella...

VALENTINA.—(*Con una sonrisa bondadosa.*) Realmente es usted muy simpático... Le prometo no abusar de su bondad... Por primera vez después de treinta años de matrimonio hemos regañado mi marido y yo.

CHICO.—¿Sí?

VALENTINA.—Yo no consiento que abandonemos a Diana.

CHICO.—No la comprendo, señora.

VALENTINA.—El coronel Brissac va a venir a buscarme aquí. ¿Querrá usted ayudarme?

CHICO.—¿Ayudarla? ¿A qué?

VALENTINA.—Ayudar al coronel y ayudarme a mí a convencer a Diana para que venga con nosotros. Mi marido está muy enfadado, pero el coronel dice que sabrá disuadirle...

CHICO.—¿Y qué espera usted de mí?

VALENTINA.—Desde luego, que renuncie a ella.

CHICO.—¿Renunciar yo a ella? ¿Renunciar a Diana?

VALENTINA.—Comprenderá usted que se trata de sacarla de una vida miserable.

CHICO.—Poco a poco. Mi vida no es miserable. Diana va a ser mi mujer.

VALENTINA.—(*Levantándose.*) ¿Su mujer?

CHICO.—Dentro de un rato nos casaremos.

VALENTINA.—Eso no puede ser.

CHICO.—(*Emocionándose.*) Puede ser... ¡Será!

VALENTINA.—(*Retrocediendo con miedo.*) ¡Por favor!... Reflexione un momento... El hogar que espera a Diana es un hogar feliz, sin privaciones, rico casi, en el que no tendrá que trabajar; será una señorita... Con el tiempo llegará a ser la heredera de mi esposo... ¿Puede usted exigir en justicia a mi sobrina que renuncie a todo eso y se resigne a ser la esposa de un manguero?

CHICO.—Una profesión honrada. Yo estoy orgulloso de ser manguero. Y Diana también lo está. Ella me quiere.

VALENTINA.—Piense en que por muy honroso que resulte ser manguero no es esa la posición que corresponde a Diana.

CHICO.—Trabajará siempre menos y tendrá más que cuando vivía con ustedes... Me lo ha contado todo, no crea usted.

VALENTINA.—Aquello fué en un período transitorio...

CHICO.—Pues hoy que es usted rica sufra las consecuencias.

VALENTINA.—Acabemos. Daremos lo que sea preciso, pero cuando Diana esté con nosotros. Antes, ni un céntimo.

CHICO.—¿Qué quiere usted decir?

VALENTINA.—Brissac me ha aconsejado que le ofrezcamos a usted diez mil francos.

CHICO.—¿Diez mil francos?

VALENTINA.—Yo añadiré algo después, cuando esté a mi lado.

CHICO.—¿Vender yo por diez mil francos a Diana? ¡Ni por cien mil! ¡Vale mucho más, mucho!

VALENTINA.—¡No olvide usted que nosotros podemos desheredar a nuestra sobrina, y entonces las ambiciones de usted quedarán chasqueadas.

CHICO.—(*Avanzando tranquilo.*) Señora, está usted cometiendo una estúpida equivocación. Sólo se la perdono en atención a que es usted una vieja ignorante.

VALENTINA.—Me ofende usted.

CHICO.—Más me ofende usted a mí hablándome de dinero. ¿Quién se ha creído que soy?... Yo quiero a Diana por ella, y ella me quiere a mí por mí. ¡Yo que sabía si era rica o no!...

VALENTINA.—(*Yendo hacia él persuasiva.*) Pues si es usted desinteresado, si la quiere verdaderamente, no debe colocarse en su camino... Usted, que es un hombre noble, recto, como acaba de demostrar, tiene que reconocer que a Diana no le corresponde vivir aquí.

CHICO.—¿Por qué no si ella me quiere?

VALENTINA.—Ahora quizás. Es una chiquilla sin experiencia; pero después, cuando se dé cuenta de que usted la privó de una posición desahogada; cuando sepa algún día cómo ha torcido usted el curso de su vida, no olvidará nunca.

CHICO.—¡Sí lo olvidará!

VALENTINA.—Ella, tal vez; pero usted, usted no podrá olvidarlo. A cada privación que sufra tendrá un remordimiento... Piénselo bien... Se lo ruego... Se lo suplico. (*Rompe a llorar y se sienta a la izquierda de la mesa.*)

CHICO.—¡Eso es, señora!... Emplee ahora las malas armas de su sexo: las lágrimas... Viene usted a verme y me ata un dogal al cuello, aprieta firme, me ahoga y además es usted la víctima... Muy bien. Así son ustedes... Y mi destino, mi pobre

destino, es hacer lo que no quiero... Siempre lo mismo. Hacer lo que no quiero...

VALENTINA.—(*Ansiosamente.*) ¿Qué?

CHICO.—Yo estoy dispuesto a sacrificarme por que ella sea feliz... Pero conste que ha de ser consintiendo ella. ¿Eh? No voy a influir, porque sé que si yo se lo pregunto diría que no; pero que sea sin emplear usted malos medios.

VALENTINA.—¿Malos medios?

CHICO.—Sí, las lágrimas, las amenazas... Yo me entiendo.

VALENTINA.—Tendrá usted los diez mil francos.

CHICO.—¿Otra vez?... ¿Es de usted ese dinero?

VALENTINA.—Sí. De mi marido.

CHICO.—¿Lo heredará ella de menos si yo lo tomo?

VALENTINA.—Sí, pero...

CHICO.—Pues nada. Si esos diez mil francos fueran de otra persona, los tomaría para dárselos a ella como regalo al separarnos.

VALENTINA.—¡Qué noble es usted!

CHICO.—Pero ¿qué se había creído que era yo?

(*Entra rápidamente BRISSAC. Viene aún más atildado que en el acto anterior. Su actitud es indecisa, ansiosa.*)

BRISSAC.—Perdone usted, madame Vulmir, si llego tarde. Ocurren acontecimientos extraordinarios. Rusia ha movilizado. París entero está en la calle. Me han detenido las manifestaciones. ¿Está el manguero?

CHICO.—(*Con dignidad.*) Me llamo Chico.

BRISSAC.—¿Ha hablado usted con él?

VALENTINA.—Sí.

BRISSAC.—¿Acepta?

VALENTINA.—Este señor, generosamente, lo ha rechazado todo.

BRISSAC.—Es lo mismo. Aquí traigo el cheque firmado por su esposo, que está convencido. Nos llevaremos a Diana en mi auto. Tengo el coche abajo. Me dejará en las oficinas de guerra y las llevará al hotel.

CHICO.—(*Mirando a su alrededor lentamente.*) Voy a llamarla. (*Brissac se acerca a Tía Valentina. Chico se dirige a la ventana y llama.*) ¡Diana! (*Pausa.*) ¡¡Diana!!... Ven.

DIANA.—(*Lejos.*) ¡Voy!

CHICO.—(*Volviéndose con mirada de angustia, con voz empañada.*) Dentro de un momento estará aquí... Yo esperaré en la calle... Ya he dicho que no quiero influir sobre su decisión... ¿No me necesitan, verdad?... Volveré dentro de un rato, por si ella no quisiera...

BRISSAC.—¿No va a querer?

VALENTINA.—Ya sabe que estamos obrando rectamente...

BRISSAC.—Desde luego. Todo por el bien de Diana.

CHICO.—Por su bien lo hago yo... ¡Viene! ¡No quiero verla!... ¡Adiós! (*Mutis rápido.*)

BRISSAC.—Parece un buen muchacho.

VALENTINA.—Afortunadamente hemos llegado a tiempo. Se iban a casar esta misma mañana.

BRISSAC.—¿Que se iban a casar?

VALENTINA.—Sí, se ve que la quiere apasionadamente... Es un buen muchacho dentro de su tosquedad... Ella, por su parte, parece que también le quiere... Amigo Brissac, llego a dudar si me asiste el derecho de separarlos...

BRISSAC.—¿Cómo puede dudarlo? Ese hombre no es la persona indicada para hacer feliz a su sobrina.

VALENTINA.—Sí, lo sé... Pero el amor hace milagros.

BRISSAC.—¡Bah, bah! Tonterías... Pronto se olvidarán el uno al otro.

VALENTINA.—Me parece cruel...

BRISSAC.—(*Severo.*) Usted ha solicitado mi ayuda. (*La lleva hacia la puerta.*) Déjeme hablar a solas con ella y confíe en mí.

VALENTINA.—Lo que usted quiera... Abajo le espero en el coche.

BRISSAC.—(*Después de asomarse a la puerta.*) Puede usted salir.

VALENTINA.—Por Dios, procure convencerla; no sabría yo vivir sin mi pequeñita...

BRISSAC.—La tendrá usted a su lado para siempre. (*La empuja suavemente, obligándola a hacer mutis. Queda un instante esperando.*)

(*Entra DIANA. Viste el blanco traje regalado por Chico. Le sienta admirablemente. Con él se realza de un modo delicioso su juvenil figura. Es otra. Su rostro se muestra radiante. Está iluminada por la luz del sol. La transformación que se ha operado en ella es maravillosa. Brissac, al verla, queda sorprendidísimo. No encuentra palabras para expresar su admiración.*)

DIANA.—¡Chico!... (*Viendo a Brissac.*) ¡Oh!

BRISSAC.—¿Me ha olvidado usted? Soy su buen amigo Brissac.

DIANA.—¿Qué hace usted aquí? ¿Dónde está Chico?

BRISSAC.—Ha salido un momento... El mismo ha creído conveniente que nuestra entrevista se celebre a solas.

DIANA.—¿Una entrevista?... ¿Qué sucede?

BRISSAC.—No se alarme... No ocurre nada malo, sino todo lo contrario... Vengo en nombre de su tía.

DIANA.—¿De tía Valentina?

BRISSAC.—De su buena tía Valentina... La pobre no puede prescindir de usted... Quiere tenerla a su lado para siempre...

DIANA.—(*Desilusionada, retrocediendo.*) Ya es demasiado tarde.

BRISSAC.—Nunca es demasiado tarde para ser feliz.

DIANA.—Lo soy como nunca. Voy a casarme... No me hable de nada de eso, se lo ruego. ¿Dónde está Chico? (*Se dirige hacia la puerta.*)

BRISSAC.—(*Cortándola el paso.*) Escuche primero, Diana...

DIANA.—No tengo tiempo...

BRISSAC.—Chico es un buen muchacho...

DIANA.—¡Es el mejor hombre del mundo.

BRISSAC.—Concedido...; pero, al fin y al cabo, es un mísero pocero.

DIANA.—¡Es manguero!

BRISSAC.—Bien, manguero... Casi es lo mismo.

DIANA.—¿Es que viene usted para impedir nuestro matrimonio?

BRISSAC.—Su tía y yo queremos hacerla comprender que lo que se propone realizar es una locura... Nosotros sólo queremos su bien...

DIANA.—¿Por qué no está aquí Chico?

BRISSAC.—El, más razonable, no ha querido ser un obstáculo para su felicidad.

DIANA.—¿Un obstáculo para mi felicidad?

BRISSAC.—Ha comprendido que este matrimonio era humillante para usted... Reconoce que la posición que la ofrece su tía está muy por encima de la vida miserable que él podría darle...

DIANA.—A mí en el mundo no me interesa más que una cosa: Chico. (*De nuevo se dirige a la puerta.*)

BRISSAC.—Vuelvo a advertirla que Chico está de acuerdo con nosotros.

DIANA.—(*Acercándose a él.*) ¿De acuerdo él? ¿Qué ha dicho?

BRISSAC.—Más bien pregunte usted qué ha hecho.

DIANA.—¿Cómo?

BRISSAC.—Hablemos claramente, Diana... Chico ha consentido en recibir cierta cantidad a cambio de dejar el camino libre...

DIANA.—¿Qué quiere usted decir?

Brissac.—Que ha aceptado una buena suma, comprometiéndose a terminar su intervención.

Diana.—¡Eso no puede ser verdad!

Brissac.—Pregúnteselo. El se lo dirá.

Diana.—(*Corre hacia la puerta y llama.*) ¡Chico!

Brissac.—Se ha marchado... ¿No le digo que quiere dejarla en plena libertad?

(*Se presenta el RATA jadeante.*)

Rata.—Las pizarras...

Diana.—Busca a Chico. Tráele en seguida.

Rata.—¿Otra vez volver a bajar?

Diana.—Sube corriendo, volando.

Rata.—¡Ojalá pudiera subir volando como un gorrión! (*Mutis.*)

(*Diana se muestra preocupada.*)

Brissac.—(*Acercándose, la toma las manos.*) No debe usted dudar de lo que le digo... Chico no volverá. No la quiere... Bien claramente ha demostrado el interés que le guiaba... Usted merece un amor sincero, desinteresado, noble... Vaya al hogar que la espera, y allí encontrará la felicidad que busca. ¿Comprende usted lo que quiero decirle? ¿No sabe que moveré el cielo con la tierra para protegerla y salvarla?... Vamos, vamos. Su tía está esperando en mi coche... Dejemos esta pobre casa antes de que Chico pueda volver. Evítele una escena desagradable, ya que él se ha prestado a desaparecer...

Diana.—(*Aparta las manos de las de él. No le escucha.*) Chico no es capaz de hacer eso... El es todo nobleza. El no se vende.

Brissac.—Aquí creo que está. Podemos preguntárselo.

Diana.—(*Corriendo hacia la puerta.*) Chico, eso no es cierto, ¿verdad?

Chico.—(*Triste.*) Yo no sabía que tu familia era tan encopetada...

Diana.—¿Es verdad entonces?

Chico.—(*Mirándola con su nuevo vestido.*) Ya no pareces la misma. Todo ha cambiado... Nuestra vida entera ha cambiado... Yo creí que era alguien... Ahora me convenzo de que no soy nada, nada.

Diana.—No hables así. Para mí lo eres todo. Para ser feliz yo no necesito más que estar a tu lado. Déjame que me quede.

Chico.—No. No puedes seguir a mi lado. Debo sacrificarme por tu felicidad... Tus tíos son más ricos de lo que tú me habías dicho.

Diana.—No me importa nada. Te perdono que hayas inten-

tado dejarme. Devuélveles eso. No me arrojes de aquí. No puedo vivir más que contigo.

Chico.—Diana, tienes que ser razonable...

Diana.—Devuélveselo, por favor.

Chico.—¿Devolver? ¿El qué?

Diana.—El dinero.

Chico.—¿El dinero? ¿Qué dinero?

Brissac.—Este. (*Muestra el cheque.*) Se refiere a los diez mil francos...

Chico.—No comprendo...

Brissac.—Madame Vulmir me dijo que habían llegado ustedes a un acuerdo.

Chico.—Es verdad, llegamos a un acuerdo, pero no a ese que usted supone. Ella me ofreció dinero, pero yo lo rechacé. (*Brissac estruja el talón.*)

Diana.—(*Abrazándose a Chico.*) ¡Estaba segura! ¡Lo sabía! No podía creerlo.

Chico.—¿Pero qué ha sucedido? ¿Qué es lo que te han dicho?

Diana.—Que habías aceptado dinero a cambio de no casarte conmigo.

Chico. — (*Tranquilo, desasiéndose de los brazos de Diana.*) ¿La ha dicho usted eso?

Brissac.—(*Cuidadoso, guarda el cheque y retrocede.*) Es lo que había entendido a madame Vulmir...

Chico.—¿Y así corresponden ustedes a mi noble conducta? ¿No les dije que no admitía malos medios? ¡Váyase!

Brissac.—Esto necesita una aclaración...

Chico.—Váyase si es que quiere bajar por la escalera. Si prefiere la ventana, no tiene más que seguir...

Diana.—(*Interponiéndose.*) ¡No, Chico!... Por nosotros. (*A Brissac.*) Váyase usted, monsieur Brissac. Es lo mejor.

Brissac.—(*Coge el sombrero y se dirige lentamente hacia la salida.*) Si he cometido un error, lo lamento... Sólo procurábamos su felicidad... Si algún día necesita de mí... (*Sale. Ellos no le hacen caso.*)

Chico.—(*Con Diana en los brazos.*) ¡Dios mío, creí que te había perdido para siempre!

Diana.—¡Guárdame así!

Chico.—¡Siempre!

Diana.—No escucharé a nadie más. Tú eres el más noble de todos.

Chico.—Eso es lo que me pierde. Pero no volveré a serlo.

Diana.—Guárdame junto a tu corazón.

Chico.—Sólo el temor de perderte hizo vacilar todo en mi interior. Escucha. (*La reclina la cabeza sobre el pecho.*) Diana, te quiero...

DIANA.—¡Al fin!
CHICO.—¿Qué?
DIANA.—¡Tenías que decirlo!... ¡Al fin! (*El la mira.*) Yo no estoy acostumbrada a ser feliz. Enséñame tú a serlo.
CHICO.—No me dejes nunca, Diana. No sabría vivir ya sin ti... Tengo miedo.
DIANA.—¿Miedo? ¡Qué vergüenza, Chico!... Infunde valor a tu espíritu. Yo ya se le he infundido al mío.
CHICO.—Eso decía yo porque no conocía el temor por lo que queremos más que la propia vida... Ahora soy cobarde. Flaqueo como un niño.
DIANA.—Apóyate en mí. (*Estaba de rodillas, se levanta y apoya la cabeza en su pecho.*) Confía en mis fuerzas. Yo te haré valiente. Viviremos el uno para el otro. La vida se nos hará fácil y nunca más volveremos a tener miedo. Me asombra lo que has hecho de mí. Yo también soy una compañera notable. Anda. Vamos a casarnos.
CHICO.—Vamos. Tenemos el tiempo justo.
DIANA.—Boul estará abajo esperando en su taxi.
CHICO.—Voy a ver. (*Se acerca a la ventana y mira. Cuando se vuelve, su cara ha cambiado totalmente de expresión.*)
DIANA.—(*Que ha estado componiéndose.*) ¿Qué sucede?
CHICO.—Boul no está. (*Se oye, viniendo de la calle, un sordo murmullo. Diana se dirige a la ventana. Chico la aparta dulcemente.*) No mires. (*Los dos se asoman. El murmullo crece, como acercándose. Diana se aproxima a él y le mira a los ojos.*) ¡Yo no tengo miedo!
(*GOBIN entra precipitadamente, con un paquete, la gorra militar y bajo el brazo la guerrera del uniforme azul marino de 1914. Enjuga su rostro con un pañuelo. Se acerca directamente a Diana.*)
GOBIN.—¡Es la guerra! ¡Se ha declarado la guerra!
DIANA.—¡La guerra!
GOBIN.—Diana, cuide usted de mi mujer y de mi hijo... porque será un niño, estoy seguro...
DIANA.—Confíe usted en mí, monsieur Gobin... como si ella fuera mi hermana, como si el niño fuera mi propio hijo... Ahora, más que nunca, todos somos hermanos.
GOBIN.—(*Yendo a la puerta.*) Date prisa, Chico. Tenemos que estar en seguida en la estación del Norte. Yo ya me he despedido de mi mujer. Abajo te espero. Voy a comprar unas cosas.
CHICO.—¡Maldita suerte!...
GOBIN.—No te entretengas. (*Vase.*)
DIANA.— (*Sonriendo a Chico.*) No tengo miedo.
CHICO.—(*Sacando un papel del bolsillo.*) La mujer ocupará

el lugar del hombre. (*Ella prepara precipitadamente las cosas de él, descolgando de la percha varias prendas cuidadosamente envueltas en papeles. En el saco va metiendo otras.*) Este es un certificado que me dió el sacerdote. Creí que no tendrías que verlo nunca. (*Ella sigue empaquetando cosas.*) No, no te marches con tu tía. Quédate aquí.

DIANA.—Sí, te esperaré aquí. Ocuparé tu lugar. Así estaremos más unidos.

CHICO.—En este papel dice: "Dar a tu esposa"... Tú no eres mi esposa... (*Ocurriéndosele una idea.*) ¡Ya está! Vamos a casarnos. Aquí. Ahora mismo.

DIANA.—Sí. (*Viendo las medallas sobre la mesa.*) Estas medallas benditas serán testigos de nuestra promesa.

CHICO.—Nos casaremos nosotros mismos... Soy ateo, pero en este momento tengo que recurrir a algo. Es un gran invento eso de que Dios está en todas partes y lo ve todo. ¡Lástima que no sea verdad!

DIANA.—¿Dudas aún de su existencia?

CHICO.—Sí, pero a pesar de todo voy a darle una nueva ocasión para que se porte bien conmigo. (*Toma la mano de ella entre las suyas y mira hacia arriba. Están separados por la mesa.*) Señor Dios del cielo, tal vez sea verdad que estás en este momento aquí, aunque lo dudo. Acaso sea verdad también que eres tú quien me envía esta esposa... Yo no lo sé. Si existes, si hay algo de verdad en ti, te ruego que hagas de esto un verdadero matrimonio. Quiero a esta mujer por esposa. (*Solemnemente toma una medalla y pasa la cadena por el cuello de Diana.*) Ahora tú.

DIANA.—(*Toma la otra medalla, la besa y se la coloca a Chico.*) Yo te acepto por esposo y juro serte fiel y esperarte aquí.

(*Lejos se oyen trompetas y clamoreos de la multitud.*)

CHICO.—Desde este momento estamos casados.

DIANA.—Para siempre. (*El toma la medalla que ella le ha dado, la besa y se la guarda en el pecho.*) Espérame.

(*A lo lejos se oye una banda de música que toca "La marcha de Lorena". Vítores de la multitud.*)

CHICO.—(*Tomando su saco, después de vaciar sobre la mesa el bolsillo en que se había guardado el dinero.*) Toma. Ahora, adiós. (*Se abrazan precipitadamente.*)

DIANA.—Yo no tengo..., no tenemos miedo. (*El se dirige hacia la puerta. Ella toma su chal y se dispone a seguirle.*)

CHICO.—No. No vengas conmigo. No me sigas. (*Las campanas del reloj de una iglesia dan las doce.*)

DIANA.—Te lo ruego.

CHICO.—No. No. Quédate aquí. No te muevas. Quiero verte así hasta el último momento... Vendré a tu lado todas las ma-

ñanas, a esta misma hora, cuando las campanas del reloj de la iglesia den las doce, me sentirás a tu lado. (*Trata de sonreír un poco.*) Adiós, madame Chico, hasta muy pronto. (*Sale rápidamente cerrando la puerta.*) ¡Adiós!

(*Diana permanece inmóvil. A lo lejos sigue oyéndose la música y los clamores del pueblo. Diana vuelve al centro de la escena, duda, vuelve a tomar el chal, se envuelve en él y se dirige hacia la puerta. En este momento entra NANA.*)

NANA.—(*Completamente borracha, la cara lívida, la lengua torpe.*) He estado esperando en el portal a que saliera tu hombre...

DIANA.—Naná... Estás enferma...

NANA.—¿No te ha dicho Boul que te necesitaba? Tienes que volver a mi lado. (*Avanza.*)

DIANA.—Sí, pero Chico se acaba de ir... Voy a acompañarle. (*Se dirige hacia la puerta.*)

NANA.—(*Deteniéndola y en tono agresivo.*) La guerra se le lleva... Te ha durado poco...

DIANA.—(*Tranquila.*) Naná, déjame pasar. Quiero verle por última vez en la estación. (*La medalla que lleva Diana sobre el pecho atrae la mirada de Naná, que la agarra y tira de ella.*)

NANA.—¿Qué es esto? ¿Algún regalo de Chico?

DIANA.—(*Transfigurada.*) ¡No toques esto! Es algo sagrado para mí.

NANA.—¿Es tu hombre el que te la ha dado?

DIANA.—¡Deja eso te digo!

(*Naná tira la medalla al suelo.*)

NANA.—(*Sacando de debajo del chal un corto vergajo que sujeta a su muñeca.*) Ven acá. Te voy a enseñar a obedecer.

DIANA.—No te tengo miedo, Naná.

NANA.—¿No?

DIANA.—No tengo miedo a nadie.

NANA.—Acércate.

(*Diana no se mueve. Naná se acerca a ella y levanta el vergajo. Sin decir palabra, Diana se lanza sobre ella, la sujeta, luchan un momento, la arrebata el vergajo, la empuja sobre una silla y la golpea con él.*)

NANA.—(*Sorprendida.*) ¡Diana!

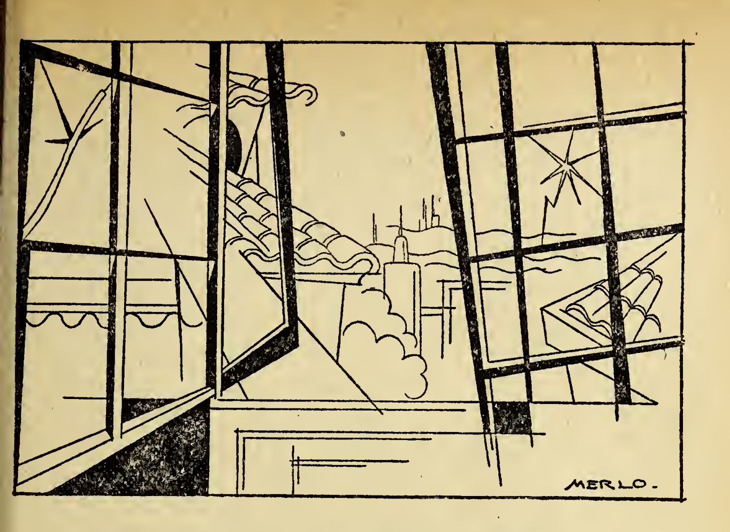
DIANA.—(*Amenazándola.*) Te mataré si intentas tocarme otra vez... Jamás volveré a tener miedo de ti. Soy valiente. Más que nadie. Soy valiente. No tengo miedo. Soy la esposa de Chico.

(*Naná, amedrentada, va retrocediendo hasta que termina por ganar la puerta y huir precipitadamente. Diana arroja el ver-

gajo con desprecio. Después se asoma a la ventana. El ruido de la banda es más perceptible, lo mismo que los gritos de la multitud. Saca el chal y de pie le ondea a merced del viento de un ventilador colocado convenientemente.) ¡Chico, tengo valor! ¡¡¡Viva Francia!!!

TELON





ACTO TERCERO

El hogar de CHICO cuatro años más tarde. La mañana del 11 de noviembre de 1918. La habitación está muy estropeada y tiene un aspecto mísero. Hay una máquina de coser en un rincón. De varios clavos cuelgan en las paredes pobres y deslucidos vestidos femeninos. Los cristales de las ventanas del foro están rotos en su mayoría y sustituídos por papeles de periódicos. En el extremo izquierdo de la habitación hay una cuerda y de ella penden secándose varias prendas de ropa blanca. Luz del día, pero triste. Cielo plomizo.

(ARLETTE, que se ha convertido en una mujercita linda y coquetuela, aparece fregando los cacharros de la comida y los pone a escurrir. Lleva el uniforme de las obreras de las fábricas de municiones. Seca sus manos. En la puerta de entrada aparece la figura del PADRE CREVILLON. En la manga izquierda de la sotana lleva cosido el brazalete de la Cruz Roja. Está más envejecido. Usa gafas de présbita que hace resbalar a la punta de la nariz.)

P. CREVILLON.—Arlette, muchacha...

ARLETTE.—¡Hola, padre Crevillon! ¿Usted por aquí?

P. CREVILLON.—¡Uff, hija mía, estos siete pisos son para asfixiar a cualquiera. *(Se sienta a la izquierda de la mesa. Arlette queda de pie.)*

ARLETTE.—¿Quiere usted tomar un poco de café?

P. CREVILLON.—No, gracias.

ARLETTE.—¿Una copita de coñac? Tenemos un poco.

P. CREVILLON.—Bueno, eso sí lo acepto. A ver si me reanima. (*Arlette va al aparador y alcanza una botella.*) Vengo haciendo mi ronda. Esperaba encontrar contigo a Diana. ¿Dónde está?

ARLETTE.—En seguida vendrá. Hace mucho tiempo que no nos veíamos.

P. CREVILLON.—Dedico todas mis horas libres a los pobres heridos... Pero dime, dime, ¿han tenido enmienda esos pecadillos?

ARLETTE.—Sí, padre. Puede usted darme su bendición.

P. CREVILLON.—No tan de prisa, no tan de prisa. Alza los ojos. Cuando tanto los bajas, me parece que algo malo me ocultas... ¿Qué es ello?

ARLETTE.—Nada, padre... Me he comprado este estuche de *toilette*. (*Saca un estuchito del pecho.*)

P. CREVILLON.—Lo de siempre: la coquetería... ¿Qué vas a dejar para cuando seas vieja y no tengas los colores de la juventud? La muchacha que se pinta no comete un pecado, sino una tontería; ya te lo he dicho...

ARLETTE.—Padre..., es que el estuche le he comprado con el dinero que Diana me había dado para pagar el alquiler de la habitación.

P. CREVILLON.—(*Serio.*) Eso ya es grave... Has faltado al séptimo mandamiento, y además pones a Diana en un compromiso...

ARLETTE.—No, eso no... Recogió el recibo el coronel Brissac.

P. CREVILLON.—¿El coronel Brissac?

ARLETTE.—Sí, siempre quiere ayudarnos; pero Diana no se lo permite... Fuí a verle y le conté el apuro en que nos encontrábamos.

P. CREVILLON.—¿Diana está enterada de esto?

ARLETTE.—No, ni lo sospecha siquiera... No lo hubiese consentido... No sé por qué tiene prevención contra el coronel... Un señor tan cariñoso, tan atento con nosotras... Ya ve usted, todas las noches me espera a mí a la salida de la fábrica de municiones y me acompaña hasta aquí, pues Diana no consiente que la acompañe a ella, y eso que a las horas en que ella entra da miedo andar por las calles tan oscuras...

P. CREVILLON.—¿Diana tiene el turno de noche?

ARLETTE.—Se empeñó en cambiar. Dice que así nos arreglamos mejor... Es una obrera muy hábil... (*Toma el estuchito*

que ha quedado sobre la mesa y se da un poco de barra en los labios.)

P. CREVILLON.—También Satanás tiene sus municiones.

ARLETTE.—Es... para que no se corten los labios...

P. CREVILLON.—Sí, hija, sí. Y los polvos para que no se estropee la cara. (*Severo.*) Arlette, tienes que confesar a Diana lo que has hecho y decirle que te ha ayudado el coronel.

ARLETTE.—Imposible, padre. No quiere oír hablar de él. Me lo tiene prohibido. Dice que a Chico no le gustaría eso...

P. CREVILLON.—¡Chico!... ¿No habéis vuelto a tener noticias?

ARLETTE.—Nada. Ni una palabra.

P. CREVILLON.—Habrá caído prisionero.

ARLETTE.—La pobre Diana cree que vive... y que ella está casada realmente con él.

P. CREVILLON.—Puede que tenga razón.

ARLETTE.—(*Extrañada.*) Padre, usted sabe que no los unió ningún sacerdote...

P. CREVILLON.—Lo sé; pero en aquella hora suprema se volvieron los dos hacia Dios, confiando en que El los casaba, y aunque se separaron después y nunca han conocido el matrimonio como el mundo lo conoce y la Iglesia dispone, Diana ha permanecido fiel a esta unión durante estos años tan duros y crueles. Dios sabrá recompensar esta fe.

(*Entra GOBIN por la ventana. La manga derecha de su guerrera cuelga vacía. En la mano izquierda trae un periódico.*)

GOBIN.—(*Muy excitado.*) ¡Padre, grandes noticias! Los emisarios han cruzado el frente y están conferenciando con Foch desde las nueve de la mañana... La paz va a firmarse de un momento a otro.

P. CREVILLON.—(*Escéptico.*) Lo creeré cuando la hayan firmado.

GOBIN.—Mi mujer quiere que venga usted a almorzar con nosotros. Acabamos de recibir una ristra de arenques que ha traído el caporal Boul.

P. CREVILLON.—(*Se levanta y toma el sombrero al mismo tiempo que se chupa los labios.*) ¡Arenques!... Un gran regalo en estos tiempos. (*Se dirige hacia la ventana.*)

GOBIN.—Anda, Arlette, tu hermana ya los ha preparado.

ARLETTE.—Os lo agradezco mucho, pero acabo de tomar el desayuno.

GOBIN.—Entonces, cuando venga Diana, dile que la esperamos. ¿Vamos, padre?

P. CREVILLON.—Vamos. (*Mutis los dos por el tejado.*)

(Arlette queda un momento contemplando su "necesaire" de "toilette"; después lo guarda en un cajón. Entra DIANA. *Viste uniforme muy gastado de obrera de la fábrica de municiones. Arlette la contempla en silencio. Diana trae en la mano la tarterita de la comida y un saco con patatas. Atraviesa la habitación. Se ha convertido en una mujer. Tiene la cara pálida y cansada.)*

ARLETTE.—Que tarde vienes, Diana.

DIANA.—*(Despojándose de la capa y el sombrero.)* Buenos días, Arlette. ¿Has desayunado ya?

ARLETTE.—Sí. Como tardabas tanto, no te he esperado. *(Toma el cestillo de la costura.)*

DIANA.—Has hecho bien. En un momento preparo yo el mío. *(Toma la bolsa de las patatas y la deja en la mesa de junto al hornillo. En éste encuentra el café.)*

ARLETTE.—Mi hermana y Gobin te han invitado a almorzar con ellos. El padre Crevillon está ahí también.

DIANA.—*(Con una mueca que quiere ser una sonrisa.)* ¡El padre Crevillon!... Lo siento, pero no puedo ir.

ARLETTE.—¿Por qué no?

DIANA.—Hoy tenemos tú y yo que decidir nuestra suerte.

ARLETTE.—¿Qué ha sucedido?

DIANA.—Creo que ha terminado la guerra.

ARLETTE.—¿Cómo lo sabes?

DIANA.—Nos han despedido.

ARLETTE.—¿Hemos perdido nuestra colocación en la fábrica?

DIANA.—Sí, Arlette. Por eso me he retrasado. El capataz me avisó que me esperaba al terminar el trabajo. Han despedido a unas doscientas. Han suprimido dos turnos. Aquí traigo tus jornales y los míos y la notificación.

ARLETTE.—¿Qué haremos, Diana? *(Con dolor.)* Ya ni puedo volver a la taberna con mi padre, y tú...

DIANA.—*(Mirando al cielo.)* Lo principal es que no continúe la guera...

ARLETTE.—Diana, si quisieras hacer caso al coronel Brissac.

DIANA.—¡Arlette!...

ARLETTE.—Si tu tía Valentina muere nos quedaremos sin nadie que nos socorra...

DIANA.—Ya encontraremos algo. ¿No recuerdas lo que te he contado que decía Chico? *(Imitándole.)* Todo es muy sencillo. Lo que llevas dentro de ti, tu espíritu, es lo que te hace ser lo que eres. Si en él domina la idea de que eres fuerte lo serás. Tú debes imponer a tu espíritu una idea: valor.

ARLETTE.—Para ti es muy fácil.

DIANA.—Es verdad. Yo le he tenido a él para ayudarme. Tú no has tenido a nadie. Has vivido día tras día entre la grasa y el ruido de las máquinas, llenándote los pulmones de limaduras de latón. La guerra no te ha dejado ser joven. (*Cruza a la ventana para tender un poco de ropa. Su rostro se ensombrece.*) Abajo está el coronel Brissac. Acaba de apearse de su coche. Seguramente viene a vernos.

ARLETTE.—Quiere hablar contigo... No le trates con la brusquedad de siempre... El es el único que puede ayudarnos.

DIANA.—(*Mirando a Arlette.*) ¿Le has citado tú aquí?

ARLETTE.—La intención que le guía es buena... El te quiere bien.

DIANA.—(*Tomando la cafetera.*) ¿Decías que tu hermana y tu cuñado me esperaban para almorzar?

ARLETTE.—Sí, pero ¿por qué huyes siempre del coronel...? Es tan guapo, tan caballero...

DIANA.—No debo verle; me voy con tu hermana. Llámame cuando se haya marchado. (*Vase Diana.*)

(*Un instante después se presenta el coronel. Arlette le abre muy complacida. BRISSAC viene de uniforme.*)

BRISSAC.—(*Muy afectuoso, tomando a Arlette ambas manos.*) Hola, Arlette. ¿No está Diana?

ARLETTE.—No, coronel, lo siento.

BRISSAC.—Tú me prometiste retenerla...

ARLETTE.—Sí, pero...

BRISSAC.—(*Cruzando a la izquierda de la mesa.*) No importa. La esperaré. Tengo precisión de verla. Os traigo este pequeño obsequio. Es para celebrar las buenas noticias que esta mañana han llegado del frente. (*Saca dos botellas de champán. Ella las coloca en el aparador.*)

ARLETTE.—¡Champagne! (*Deja las botellas.*)

BRISSAC.—Mientras tanto, me contentaré con esto. (*Se sienta y toma la botella de cogñac que Arlette dejó antes.*) Arlette, ¿quieres saber un secreto?

ARLETTE.—(*Avanzando.*) ¿Ha pasado algo nuevo? ¿Qué es?

BRISSAC.—Me acaban de telefonear del cuartel general que se va a firmar el armisticio.

ARLETTE.—(*Sentándose.*) No puedo imaginar como se puede vivir sin guerra.

BRISSAC.—(*Bebiendo una copita.*) Tampoco yo. Siempre había pensado que al llegar este día iba a sentir un júbilo inmenso... Sin embargo, ahora que llega me parece un día más, uno de tantos... Mírame... Te pareceré ridículo, pero estoy enamorado. Enamorado a mis años de una muchacha que no me

quiere. (*Vehemente.*) No me importa que la guerra termine o no. Sólo me importa Diana... Tú no puedes comprenderme...

ARLETTE.—(*Suspirando.*) Sí, lo comprendo y lo lamento. Diana no merece su cariño. Es una vergüenza como le trata. (*Se levanta y cruza a la derecha para recoger su chal.*)

BRISSAC.—No es buena conmigo.

ARLETTE.—Voy a decírselo.

BRISSAC.—¿Cómo? ¿Dónde está?

ARLETTE.—Pasó a casa de Gobin.

BRISSAC.—(*Se levanta.*) ¡Siempre huyendo de mí!

ARLETTE.—Es verdad. Pero hoy la haré venir.

BRISSAC.—Para convencerla, dile que le traigo dos buenas noticias. (*Se sienta humildemente en el extremo de la mesa.*)

ARLETTE.—(*Avanzando hacia él.*) ¿Es verdad que trae usted buenas noticias?

BRISSAC.—Sí. Ha muerto su tío.

ARLETTE.—¿Y es esa la buena noticia?

BRISSAC.—Hay que tener en cuenta que monsieur Vulmir, que era el intransigente, ha dejado a Diana una granja en Bretaña y una renta vitalicia.

ARLETTE.—¿Una renta? ¿Entonces, Diana es rica?

BRISSAC.—Rica, propiamente dicho, no; pero, vamos...

ARLETTE. — (*Levantándose.*) Voy a decírselo. (*Llaman a la puerta.*) Adelante.

(*Entra RECAN, de uniforme también.*)

BRISSAC.—Recan. ¿Usted?

RECAN.—¿Puede escucharme unos momentos, coronel?

ARLETTE.—Le enviaré a Diana. Sé que vendrá si le digo que tiene usted noticias nuevas...

BRISSAC.—(*Siguiéndola unos pasos.*) Dila sólo que tengo algo nuevo y de interés que comunicarle.

ARLE.—Sí, sí. Ya entiendo. (*Mutis.*)

BRISSAC.—¿Qué sucede, Recan?

RECAN.—Al fin hemos logrado averiguar el paradero de ese muchacho.

BRISSAC.—¿De Chico?

RECAN.—Sí.

BRISSAC.—¿Vive?

RECAN.—Sí, pero no será por mucho tiempo.

BRISSAC.—¡Oh!

RECAN.—Ayer llegó a París.

BRISSAC.—¿Está aquí?

RECAN.—Sí, con otros cuatro prisioneros rescatados.

BRISSAC.—¿Dónde está?

RECAN.—En el hospital Lorette. Tiene una fiebre muy alta

y delira de continuo. El oficial me dijo que los médicos habían perdido la esperanza.

BRISSAC.—(*Dando unos pasos.*) ¡Pobre Diana! ¡Qué desgracia!

RECAN.—El sargento me enseñó unas cuantas cosas que le habían recogido.

BRISSAC.—¿Por qué no las ha traído usted?

RECAN.—Creí que no le interesarían.

BRISSAC.—Sí. Esta muchacha ha consagrado cuatro años de su vida a ese recuerdo. Haré todo cuanto pueda para que no sufra más... Recoja esos objetos y tráigamelos... No. Diana viene. Espéreme abajo en el coche. Iré al hospital con usted. Ande. (*Vase Recan. Brissac cierra la puerta tras él. Después cruza a la derecha y toma un vaso de la mesa del centro.*)

DIANA.—(*Entrando.*) ¿Es cierto, coronel, que tiene usted buenas noticias que darme?

BRISSAC.—Diana, te suplico que estés tranquila y que me escuches.

DIANA.—(*Lentamente y sin mirarle.*) He venido porque Arlette me ha dicho que tenía usted buenas noticias que comunicarme.

BRISSAC.—¿Por qué no quieres verme? ¿Por qué huyes de mí?

DIANA.—No huyo... Usted es un buen amigo.

BRISSAC.—Diana, no tienes confianza en mí. (*Diana hace un movimiento como para irse.*) No, no te vayas. Escúchame un momento.

DIANA.—Dígame.

BRISSAC.—Confieso que cuando volví tan cansado, tan agotado de la guerra, pensé que me sería fácil conquistarte. Que estarías, como todos, con el espíritu vencido... Pero me he equivocado. No te conocía.

DIANA.—Por favor, coronel Brissac...

BRISSAC.—Escucha. Estaba equivocado, pero tú me has hecho ver mi error. Te suplico que me contestes a una pregunta.

DIANA.—Coronel...

BRISSAC.—¿Quieres ser mi esposa?

DIANA.—Coronel Brissac, yo no le he hablado con franqueza. Dice usted que no me conocía. (*Sonríe.*) No me conoce usted aún. No nos conocemos... Lo que usted me pide es un imposible.

BRISSAC.—¿Quieres decir que nunca podré interesarte?

DIANA.—No es eso... Es que yo estoy casada. Soy la mujer de Chico. La guerra va a terminar. El volverá en seguida.

BRISSAC.—(*Conmovido.*) ¡Admirable fe en el destino!... Tú

eres el símbolo de la Francia. (*La besa la mano con respeto.*) ¿Somos amigos?

DIANA.—Sí.

BRISSAC.—(*Estrechándola la mano.*) Prométeme no huir de mí cuando yo venga a verte.

DIANA.—Se lo prometo. (*Mutis Brissac.*)

ARLETTE.—(*Entra seguida de BOUL. Detrás de éste viene GOBIN.*) Diana, mira quien viene.

DIANA.—(*Se vuelve y ve a Boul. Este tiene el mismo aspecto; pero viste un uniforme manchado y sucio del servicio de transportes.*) ¡Boul! ¡Boul! ¡Papá Boul!

GOBIN.—(*Avanzando.*) El caporal Boul, de la sección de transportes. (*Diana abraza a Boul.*)

BOUL.—Como viejo ya, de los últimos que han acudido a empujar a los boches, pero algo se ha hecho...

ARLETTE.—Nos trae un regalo, pero no ha querido decirme lo que es.

DIANA.—Se ha acordado usted de nosotras?

BOUL.—Siempre... ¿No habéis sido casi mis hijas en aquellos dos primeros años tan duros y tan largos?... Fíjese, camarada Gobin. Sólo yo he sido capaz de procurarme esto. Arlette tiene envidia porque envié a su hermana unos arenques, pero mira ahora si vuestro regalito es apreciable. (*Va hasta la mesa y deja sobre ella varias pastillas de jabón.*)

ARLETTE.—¡Jabón, jabón! ¿Cómo lo has logrado?

BOUL.—No te metas nunca en detalles (*Va sacando terrones de azúcar.*) ¿Y esto?

ARLETTE.—¡Diana, azúcar!

BOUL.—Sí, pequeñas. Casi un kilo... Mi general no endulzaba el café con porquerías.

DIANA.—¿Viene usted para quedarse o con permiso?

BOUL.—Tengo aquí mi licencia y aquí dinero bastante para comprar otro taxi.

GOBIN.—¿Y el viejo? ¿Qué ha sido de "Eloísa"?

BOUL.—(*Con pena.*) Murió. ¿No lo sabíais?... Mi pobre "Eloísa" murió antes de que yo fuera al frente, en los primeros días de la guerra. (*Ordena los diferentes objetos que hay sobre la mesa según va hablando.*) Aquí estaba Von Kluck (*La botella del coñac.*) con el cuerpo del ejército más infernal que ha conocido el mundo. Avanzaba sobre París a grandes pasos. (*Coloca dos pastillas de jabón.*) El gobierno había huído a Bordeaux, próximamente aquí. (*Señala.*) Detrás de París estaba el resto de nuestras fuerzas. (*Ilustra con pastillas.*) Nuestra hermosa capital iba a ser conquistada. ¿Qué se le ocurrió a papá Joffre? No dudó un momento, sabía a dónde tenía que acudir. Nos llamó a nosotros. A todos, a todos los taxis de París.

Acudimos sin faltar uno, desde el más lujoso al más humilde. (*Agrupa montones de azúcar.*) ¡Qué espectáculo, Dios Santo! En medio de todos, más valiente que el Cid, estaba "Eloísa" con siete soldados dentro y cinco encima. Alcanzó la gloria con su último esfuerzo. Fué una muerte heroica. Dió su vida por la patria. Murió destrozada por una bomba. Se elevaron sus pedazos por el aire y después cayó en tierra para siempre. ¡Pobre "Eloísa"! (*Besa un terrón de azúcar.*) ¡Dios haya recogido su alma. (*Se sienta abatido.*) Porque un taxi tiene alma como una persona, y mi "Eloísa" si al principio me hizo rabiar porque no la conocía, luego era tan inteligente como mi último caballo. (*Se limpia una lágrima.*)

ARLETTE.—(*Abrazándole.*) ¡Hurra por "Eloísa"!

DIANA.—Fué una heroína... (*Pausa.*) Papá Boul, ¿no ha sabido usted nunca de Chico?

BOUL.—Nunca... Fué trasladado en seguida al frente italiano, ya lo sabes... después, nada...

DIANA.—Pronto volverá y nos contará grandes hazañas, ¿verdad, papá Boul?

BOUL.—Desde luego. (*Gobin, durante el diálogo anterior, ha cambiado miradas de pena con Arlette. Después la hace señas de que le siga y vase. Arlette hace mutis tras él por la ventana.*)

DIANA.—(*Sentándose junto a Boul.*) Mi querido Boul, que alegría tan grande siento al oír su voz... Sus ojos le han visto y esta mano estrechó su mano.

BOUL.—Buen muchacho. Yo le quería de veras. Era todo un hombre. Debió nacer para rey.

DIANA.—¿Lo cree usted también? ¿No se me ha ocurrido a mí eso porque le quiero?

BOUL.—Era un hombre extraordinario.

DIANA.—(*Sentándose en la mesa.*) Es un compañero notable, como él dice... Créame Boul, el día que me levantó del suelo lucían las estrellas en sus manos. ¡Yo las ví!

BOUL.—No lo dudo.

DIANA.—¿Y aquél paseo delicioso en su coche cuando usted nos trajo hasta este cielo?

BOUL.—¡Triste cielo para tí!

DIANA.—Triste, no. ¿Por qué?... Voy a decirle algo que no he dicho a nadie, pero usted sabrá comprenderme. Usted no se reirá.

BOUL.—Reírme, ¿de qué?

DIANA.—El día de su marcha me prometió que todas las mañanas, a las doce, vendría a mí su espíritu. ¡Y nunca ha faltado! Cuando trabajaba de día, entre el ruido infernal de

las máquinas, yo le sentía a mi lado y oía que me hablaba dulcemente. Después cambié al turno de noche para estar aquí por las mañanas... Me parecía que así le sentía más a mi lado... Si alguna vez el sueño me rendía, al dar las doce la caricia de su voz me despertaba...

(*Entra BRISSAC. Boul, reconociendo el uniforme y el grado del coronel, se retira dos pasos y permanece en actitud de firme.*)

BRISSAC.—Excúseme... (*Mira a Boul.*)

DIANA.—Un antiguo amigo de mi marido.

BOUL.—Caporal del 24, servicio de transportes...

BRISSAC.—¡Ah, usted es Boul! Le recuerdo. Celebro encontrarle aquí. (*Se vuelve hacia Diana.*) Diana necesita ahora más que nunca tener buenos amigos. (*Diana le mira con extrañeza, un poco asustada.*) He vuelto, porque quiero estar a su lado cuando reciba ciertas noticias... Ahora tiene usted que demostrar su valor.

DIANA.—¿Qué sabe usted, por piedad?

BRISSAC.—(*Sacando un papel del bolsillo.*) Daría cuanto soy por evitarte este momento... Sin embargo, soy yo quien ha de decírtelo... (*Deja un paquetito sobre la mesa.*)

DIANA.—¿Qué?... ¡No puedo creerlo!... ¿Chico?...

BRISSAC.—Esta fotografía...

DIANA.—No... No puede ser cierto...

BRISSAC.—Su medalla de identidad...

DIANA.—(*Más débilmente.*) No quiero creerlo.

BRISSAC.—Y esta medalla religiosa...

(*Coloca los objetos sobre la mesa. Diana, con los manos temblorosas, toma la medalla e intenta llevársela a los labios. Después coge la que pende de su cuello y las contempla juntas durante un momento. Después, en un arranque súbito, que recordará aquél otro en que se apoderó de la navaja de Chico, corre hacia la ventana.*)

BRISSAC.—¡Eh! ¡Deténgala! (*Boul, que está más próximo corta el paso a Diana. Entre los dos la sientan.*) Boul, déjenos solos.

BOUL.—(*Protestando.*) Perdón, coronel... (*Brissac le mira imperiosamente y él, después de pasar la mano por el cabello de Diana, saluda y obedece a disgusto. Mutis por la ventana.*)

BRISSAC.—(*Colocado detrás de la silla que ocupa Diana, pone una mano en su hombro. Se contiene con un gesto de desaliento y permanece durante un instante indeciso, retorciéndose el bigote. Luego va a la ventana, que cierra cuidadosamente, y vuelve a colocarse detrás de Diana, que con la mirada fija*

n el suelo se retuerce las manos.) Diana..., hija mía. (*Conmovido.*)

DIANA.—El viene siempre a mí...

BRISSAC.—(*Sin comprenderla, cariñoso.*) Sí...

DIANA.—Y desde hoy ya no vendrá...

BRISSAC.—(*Suavemente.*) No.

DIANA.—El no puede dejar de venir. (*Toma la fotografía y la mira fijamente.*)

BRISSAC.—(*Cogiéndole una mano.*) Valor.

DIANA.—(*Amargamente, rechazando la mano.*) ¡Valor!...

BRISSAC.—(*Cariñoso, pone la mano sobre un hombro de ella.*) Diana, no debes permanecer aquí un momento más.

DIANA.—(*Dulcemente alucinada, como una niña.*) ¡Nunca volverá!

BRISSAC.—(*Siempre sin comprenderla, pero con cariño.*) No.

DIANA.—Yo creía que venía siempre...

BRISSAC.—Diana...

DIANA.—Ahora me parece tan necia mi fe.

BRISSAC.—Vamos, pobre niña...

DIANA.—(*Estremeciéndose.*) ¡Estaba tan segura!...

BRISSAC.—¿Por qué tenías esa seguridad?

DIANA.—Yo creía que Dios me ayudaba... Hace cuatro años... ¡Qué necia he sido!... Hace cuatro años que vengo esperando, creyendo que El me guardaba, que El me protegía...

BRISSAC.—Desde hoy yo te guardaré. Yo velaré por tu vida.

DIANA.—(*Amargamente.*) ¿Qué importa mi vida?

BRISSAC.—Es la mía. (*La conduce suavemente hasta la puerta. Ella se detiene y se vuelve para contemplar la habitación.*)

DIANA.—¡Yo llamaba a esta casita el cielo!... (*Se oyen lenta y sonoramente las campanas del reloj de la torre dando las doce. Ella, con anhelo, vuelve al centro de la habitación y se queda mirando a su alrededor como si esperase algo. Su rostro se anima expresando esperanza. Brissac, paciente, la espera. Diana permanece irresoluta como captando un flúido extraño que flotase a su lado.*)

BRISSAC.—(*Alarmado.*) ¿Qué le sucede?

DIANA.—¡Las doce!... La costumbre me hace creer. (*Saca su medalla y la coloca sobre la mesa.*) Seré lo que antes era. Un ser débil, miserable, triste, que no cree en nada, que no espera nada...

BRISSAC.—Vamos, Diana, por favor. (*Tiende los brazos hacia ella.*)

DIANA.—Sí. (*De repente, un cañonazo retumba en el espacio. Vibran los cristales y papeles de la ventana; Diana se de-*

tiene de nuevo y quedan mirándose el uno al otro.) ¿Qué sucede?

(*Brissac corre hacia la ventana y la abre violentamente. Entra la luz del sol y el ruido de la calle. Campanas, cañonazos, bandas de música, trompetas, clamoreo de la multitud.*)

BRISSAC.—Mira... mira. Todo ha terminado. (*Diana se acerca a la ventana mientras Brissac le señala hacia la calle, casi tristemente.*) Se ha firmado el armisticio. La guerra ha concluído... Mira ¡Dios mío, Francia está salvada!

(*BOUL entra bruscamente y corre hacia Brissac.*)

BOUL.—(*Alborozado, gritando.*) ¿Oye usted? ¡Se ha terminado la guerra!... ¡Se ha terminado!

BRISSAC.—Sí... Demos gracias a Dios. (*Boul abraza a Brissac y ambos dan grandes muestras de alegría. Diana continúa inclinada sobre el borde de la ventana mirando a la calle. Entran GOBIN, ARLETTE y el PADRE CREVILLON.*)

ARLETTE.—¡Viva Francia!

GOBIN.—¡La guerra, la guerra!... ¡Se ha firmado la paz! ¡No más guerra! ¡Oh!

P. CREVILLON.—¡Gloria in excelsis!

(*Estos tres últimos bocadillos serán simultáneos.*)

ARLETTE.—(*Se ase a Gobin y Boul y los tres bailan en corro como chiquillos. Se les saltan las lágrimas de alegría. Se muestran infantiles. El padre Crevillón cruza a la derecha y comienza a rezar el rosario. RECAN entra cubierto de confetti y serpentinas. En la calle sigue sintiéndose el ruido de la multitud, las bandas de música, los cañonazos, la "Madelón" cantada por el pueblo.*)

RECAN.—(*Tirando conffetti.*) ¡Mi coronel, se ha firmado la paz!

DIANA.—No quiero saber nada. No me importa nada.

(*Brissac cierra la ventana. Los ruidos se oyen apagadamente de un modo convencional para que el público perciba claramente el diálogo. Brissac se coloca al lado de la mesa, mirando tristemente a Diana, la cual tiene los ojos fijos en el padre Crevillon, que ajeno a todo reza con fervor.*)

DIANA.—¿Qué hace usted, padre? Rezar... Cuanto me gustaría poder rezar... Pero es inútil llamar a Dios.

P CREVILLON.—Diana, hija mía, no hables así. Tú no puedes pensar de ese modo.

DIANA.—Está muy lejos de nosotros, ahora lo comprendo bien. Durante cuatro años he creído que estaba casada y que Dios me protegía... (*Hace un gesto despectivo.*) No es verdad que hay un Dios... Todo es falso. Mi esperanza en Chico era

falsa también. Falsa la ilusión de que todos los días su espíritu venía a mí... Yo creía que esto era el cielo... Puse toda mi fe en esta idea, la grabé en mi corazón y en mi cabeza, como él me dijo... ¡Todo se ha destruído! Él ha muerto. Ahora, cuando yo más necesitaba a ese Dios bueno, generoso, en cuya bondad he confiado, veo que no existe, que todo es mentira, que no hay nada, nada...

BRISSAC.—Diana, por favor, ven conmigo...

DIANA.—(*Sin voluntad.*) Sí, iré donde quieran... Que hagan de mí lo que gusten... Todo me es igual... La guerra ha terminado... ha terminado... (*Corre hacia Brissac y cae en sus brazos.*)

BRISSAC.—(*Sosteniéndola como a un niño.*) Diana, pequeña mía, sé lo que has sufrido. Yo velaré por ti... No sabes como te quiero. (*Ella está en sus brazos y él la besa tiernamente, con verdadero amor. En este momento aparece CHICO en la puerta seguido del RATA. Ambos visten el uniforme militar, sin arreos. Chico se ha quedado ciego. Sus ojos miran en el vacío. Camina vacilante, guiado por el Rata.*)

CHICO.—(*Irrumpiendo.*) ¡Diana!... ¡Diana! (*Impaciente por el silencio, cambia el tono.*) ¡¡Diana!!

(*Diana, emocionadísima, le contempla como si viera una sombra. No puede pronunciar palabra.*)

RATA.—Has hecho mal escapándote del hospital... No estás aún restablecido.

CHICO.—Retírate. Déjame libre el camino... (*Sus ojos muertos se fijan en Diana y Brissac.*)

DIANA.—¡Chico!

CHICO.—¡Mi Diana! (*Va a avanzar.*)

DIANA.—(*Con terror.*) ¡No me mires con esos ojos, Chico! (*Diana se acerca, le mira, pasa la mano por su cara y cae de rodillas. Chico se inclina para acariciarla, para reconocerla, con el tacto peculiar de los ciegos.*)

CHICO.—¡Mi Diana!... ¡Mi esposa!... No puedo verte, pero mis ojos se llenaron tanto de tí al marchar, que en mi interior te veo como entonces, tan hermosa, tan dulce...

DIANA.—¡Perdóname, Dios mío! Nunca me abandonaste.

CHICO.—(*Levantándola.*) Nunca nos abandona, Diana. En el frente me dieron por muerto y desperté al llegar a París. Una fuerza misteriosa me ha traído a ti, me conservaba para ti. ¿Morir yo? ¡Bah! Imposible. Tenía que volver. Granadas, obuses, disparos de ametralladoras pasaban a mi lado sembrando la muerte, pero a mí nada podía matarme. Yo no puedo morir y recobraré la luz. Mis ojos verán mejor que antes. Dios

no consentirá mi ceguera por mucho tiempo... Ahora que estoy ciego lo veo con toda claridad. Por algo soy todo un personaje.

(*El aire ha abierto la ventana. Se oyen los vítores y los cañonazos. Una banda de música entona "La Madelón", coreada por la multitud.*)

FIN DE LA COMEDIA



Rivadeneyra (S. A.).—Madrid